

Vina
SILENTI
Pietro
BIGERNA

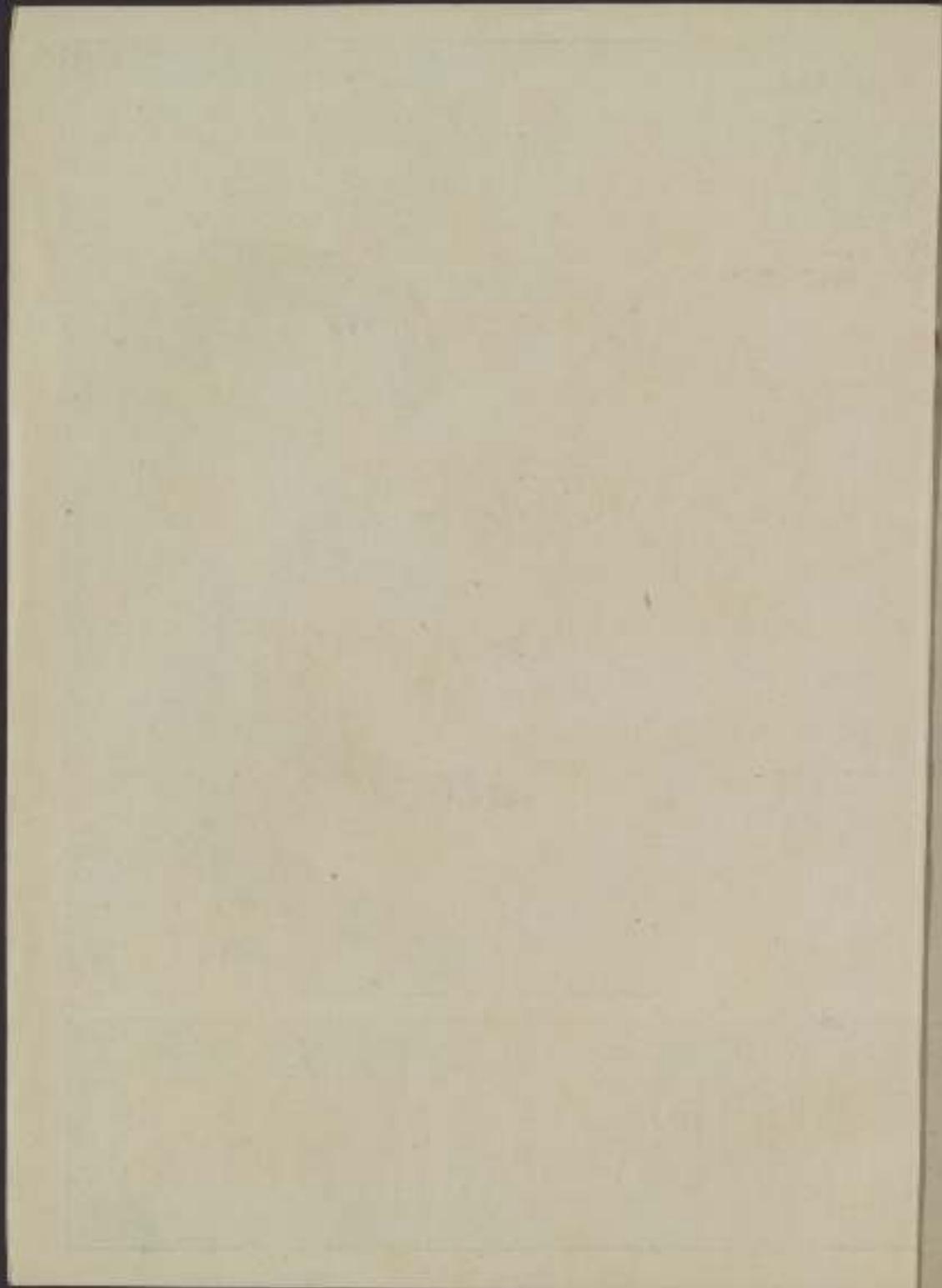
Ediciones Biblioteca Films

«SERIE ESPECIAL»

Editorial Atlas



MONTECASSINO







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 134 - Teléfono 70697
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono: 70657
Valencia: 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Balear: 14, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 122

NUM. 171

MONTECASINO

El derrumbamiento de la Abadía milenaria de Montecassino, causado por el despiadado aluvión de la lucha entre pueblos hermanos, conmovió al mundo y al contemplar en la película MONTECASSINO sus ruinas, hace estremecer de horror el hecho de que la guerra moderna no pudiera respetar santos lugares destinados tan solo a la oración y al trabajo.

La visión de la Abadía de Montecassino, horriblemente destrozada por las fuerzas del mal, es un testimonio perenne que clama contra el mundo enloquecido.

No hay estrellas entre los actores de esta cinta. Todos tienen una nivelación interpretativa derivada del paralelismo que existe entre los personajes que vivieron la tragedia de la inmortal Abadía benedictina.

Presentada en España

por

Exclusivas Triana

Valencia, 234 - Barcelona

Distribución:

Cataluña, Aragón y Baleares: Exclusivas Triana.

Centro: Distribuciones Viñals.

Norte y Nordeste: Anselmo Lorenzo.

Levante: Edno Valórcel.

Sur: Exclusivas Cabrera.

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Don Eusebio</i>	Waldo Lay
<i>Capitán Richter</i>	Rodolfo Neuhaus
<i>María</i>	Zora Piazza
<i>Carmela</i>	Vira Silenti
<i>Marco</i>	Silverio Blasi
<i>Alberto</i>	Pietro Bigerna

Director:

Arturo Gemmiti

Narración literaria por
V. A.

VOCES DE ESPERANZA

Desde el año 529 hasta 1944 el Monasterio de Montecassino esparció durante catorce siglos su luz sobre el mundo.

Destruído y saqueado dos veces por milicias lombardas y sarracenas antes del año 1000 y derruido por el temblor de tierra de 1349, fué otras tantas veces reconstruido por la piedad de los hombres, para simbolizar, con creciente esplendor, la civilización cristiana.

Asolado el 15 de febrero de 1944 por la furia devastadora de la guerra, volverán aun sus muros a elevarse porque es inmortal el espíritu que encierran. Aquel mismo espíritu de caridad y fraternidad que iluminó la vida de su fundador San Benito de Norcia y que, tras tanta sangre y tanto dolor, iluminará de nuevo la vida de los pueblos en sus horas de expansión y de resurgimiento.

En aquel apartado lugar del mundo, junto a Montecassino, donde todavía los árboles sólo tienen ramas, se yerguen dos cruces sobre dos tumbas. Son la del padre Eusebio y la del capitán médico alemán Richter, dos hombres que en vida mantuvieron opuestos ideales y que después de muertos comentan en espíritu aquella histórica gesta, en la cual ambos fueron víctimas al tratar de cumplir con sus respectivos deberes.

El viento sopla suavemente y hace correr las nubes que intentan cubrir un cielo azul. Las flores que han crecido sobre la tumba, cuya cruz se distingue porque de ella pende un escapulario, se doblan sobre sus tallos como si escucharan. Así es...

alguien habla. Por la cuesta todavía cubierta de piedras y ruina que conduce al Monasterio suben en breve procesión unos monjes seguidos de algunos fieles; pero las voces que se oyen no son de los que se ven andando. Son voces mucho más profundas, son las voces de Dom Eusebio y del capitán Richter.

—Mis hermanos vuelven—se oye decir en leve murmullo—, retoman a sus obras de caridad y a sus plegarias... igual que hace siglos. Nuestra casa volverá a surgir de las ruinas... de la muerte renace siempre la vida. Capitán Richter, ¿lo véis? Sobre mi tumba han nacido unas primulas.

Un suspiro precede a la respuesta. Una voz menos decidida que cuando el capitán andaba por la tierra, contesta a Dom Eusebio:

—¡Ah! Sí... y son hermosas, Dom Eusebio. ¡Yo no sé si llegarán a nacer flores sobre la mía.

La voz alentadora de Dom Eusebio contesta al capitán.

—Ante la Abadía de Montecassino todas las tumbas tendrán muchas flores y muchos frutos...

El tintineo de una campanilla vibra en el aire.

—Escuchad, capitán, el sonido de nuestra campana no se ha extinguido ni se extinguirá jamás. En nuestros corazones no ha cesado de tocar al nacer el nuevo día. Su tañido llegará a todos los hogares del mundo y el amor levantará una vez más los muros que el odio ha derribado, ese odio que no habla penetrado desde hace siglos en el asilo de paz en el cual yo vivía con mis hermanos.

La procesión iba ascendiendo.

—Vuestra Abadía era muy bella, Dom Eusebio; el mundo os ayudará a reconstruirla.

—El mundo nos ayudará a reconstruir sus muros, pero no podrá reintegrar a la vida a cuantos sucumbieron con ellos...

—¿Es la guerra!

—La guerra, sí, la guerra. La tragedia que hemos sufrido aquí nosotros es la misma que padecen millones de hombres, mujeres y niños en toda la tierra. Aquí los días, entre estos muros, transcurrian siempre igual de luminosos, dedicados todos a la oración y al trabajo; al trabajo que cada uno escogía según su propia vo-

cación. Yo me encontraba pintando un cuadro cuando la voz de la guerra turbó por primera vez nuestra paz.

Cesó la voz de Dom Eusebio y como llevados de la mano se recorren las grandes escalinatas de la Abadía, claustros y pórticos que no tardarán mucho en derrumbarse ante las destructoras bombas que, aunque caídas del cielo, son fuerza infernal.

LA PAZ TURBADA

Las dependencias interiores de la Abadía son de suntuoso buen gusto y de sus paredes cuelgan pinturas que son verdaderas obras de arte.

Los monjes andan con la misma serena calma de costumbre, sólo en sus ojos se adivina cierta ansiedad. Varios soldados alemanes están embalarando los cuadros mejores, al mando de un oficial, para trasladarlos lejos del teatro de la guerra, que ya no anda muy lejos de Montecassino. El Monasterio atesoraba muchas obras de arte y era menester ponerlas a salvo.

Dom Eusebio, hombre de simpática faz, demacrado por las penitencias y la angustiosa situación que se creaba con la llegada de la guerra a Montecassino, asistía a la escena con ojos entristecidos, sin pronunciar palabra.

Los soldados pasaban de una habitación a otra.

—¿No arte?—preguntó el soldado alemán registrando los diferentes muebles de una habitación en la que un monje muy joven estaba estudiando.

—Aquí sólo quedan unos instrumentos geofísicos—respondió Dom Oderisio, el monje que ayudaba a los militares en la operación de traslado.

—¿No pensar llevar a Roma?—insistió el soldado.

—No, no vale la pena, no son muy importantes.

La actitud quieta y resignada de los monjes hacía más difícil la misión del oficial, que tal vez hubiese preferido gritos y protestas para poder a su vez imponer el argumento de la fuerza.

—Padre Eusebio—dijo el oficial que mandaba las fuerzas, dirigiéndose al monje en actitud respetuosa—, les aseguramos que cuanto salga de aquí será en el acto trasladado a Roma. Nosotros sentimos gran admiración por las obras de arte. Cuarenta grandes camiones llevarán todo esto al Vaticano, lejos del riesgo de la guerra.

No respondió Dom Eusebio y se entretuvo mirando a los soldados mientras envolvían bastante cuidadosamente los cuadros con papel y se los pasaban de uno a otro, hasta depositarlos en los camiones que aguardaban al pie de la escalinata de la Abadía para llevar a Roma aquellos tesoros.

No hay guerra sin que las obras de arte tengan que sufrir traspaso; el arte siempre ha sido fugitivo de los horrores bélicos y Montecassino no se podía librar de que sus pinturas, esculturas y las bibliotecas que encerraban sus muros se extrajeran de allí para depositarlos en lugares más seguros que la Abadía, que pronto se encontraría en la línea de fuego.

Sobre un caballete había un cuadro a medio pintar. Era una Madonna con el Niño. Un soldado levantó el paño que cubría el cuadro e iba a llevárselo.

—¿Qué va usted a hacer?—preguntó Dom Eusebio deteniendo al soldado.

—Orden Alto Mando transportar todos obras arte a Roma—repuso el militar.

Quedó pensativo Dom Eusebio. El no creía excesivamente en el valor de su afición y así se lo manifestó al soldado.

—Esto no es una obra de arte, es un cuádrilo que estoy pintando. ¿Ve usted esta mujer y este niño? Están refugiados en el Monasterio y me sirven ambos de modelo.

—Yo no saber nada, espere un momento—replicó el soldado.

La pobre mujer de rostro anguloso y porte abatido era la madre del niño que tenía en brazos, el mismo que la Virgen del cuadro acariciaba. La infeliz se acercó a Dom Eusebio.

—No se preocupe usted si se llevan el cuadro, como que estamos aquí, podrá usted empezar otro.

—Temo que no podré terminar éste—respondió el monje—, porque hay orden de que la población civil abandone el Monas-

terio; sólo podrán quedarse los enfermos graves. ¿Qué piensa usted hacer? ¿Se irá a Roma?

La desolación se pintó todavía más acentuada en el semblante de aquella desgraciada.

—Mi marido está en Nápoles y me gustaría esperarle aquí— contestó la mujer—; me siento más segura entre ustedes.

Los recios pasos del soldado interrumpieron la conversación.

—«Ja wohl», poder quedárselo—dijo el soldado mirando al Padre Eusebio y señalando al cuadro.

El militar dió un taconazo y pasó a otra habitación donde continuaba el embalaje de diferentes objetos que Dom Oderisio veía marchar con tristeza y emoción.

—No tengo donde ir, Dom Eusebio—dijo la madre del niño continuando la conversación que había interrumpido el alemán.

En las palabras de aquella infeliz mujer se expresaba un hecho trascendental. Miles, millones de mujeres como ella, con sus hijos, no tenían donde ir a cobijarse en aquellos terribles instantes. Eran los vagabundos de la tierra calcinada por las bombas y las granadas.

Dom Eusebio quedó pensativo.

—Sígame—dijo al fin el bondadoso monje y le mostró un grupo de gente que se dirigía al monte. Salga por allí y logrará alcanzar a nuestros colonos. Son buenas gentes y con ellos se encontrará menos sola.

—¿Pero también tienen ustedes que marcharse? — preguntó ansiosa la mujer.

—Sí, sólo quedaremos unos pocos con el padre Abad, cinco monjes y algún hermano novicio.

—Que Dios nos ampare a todos, Dom Eusebio!

—Así será, buena mujer. ¡Dios en su infinita misericordia se acordará de todos los que están sufriendo!

REFUGIADOS

Todos los pobladores de Cassino habían dirigido sus miradas al Monasterio como lugar seguro al que podrían refugiarse para evitar los horrores de la guerra. Nadie osaría atacar la pacífica Abadía y a centenares se dirigieron allí para que los acogieran. Los monjes, con su reconocida bondad, intentaron albergarles a todos; pero no había sitio suficiente y fue necesario que se instalaran en el monte, a la sombra, como si se dijera, del Monasterio, adonde podían acudir constantemente para abastecerse y encontrar también la palabra compasiva y consoladora de Don Eusebio o de cualquiera de los otros monjes.

Los días transcurrían con terrible lentitud para aquella pobre multitud que aguardaba ansiosa la resolución de una contienda en la que no podía tomar parte, pero que le obligaba a soportar todos los horrores y problemas que acarrea constantemente la guerra. La espera de aquellos pobres desgraciados se desarrollaba en pleno campo. A la intemperie comían y dormían, siempre que su sueño no se sentía turbado por el tronar de un lejano cañón que cada día se aproximaba más. Estos refugiados se habían distribuido en distintos grupos por todos los bosques cercanos al Monasterio y la mayoría de ellos tenían sus fincas y haciendas destruidas ya por la guerra u ocupadas por las tropas. Estos colonos se veían precisados a mendigar alimentos de sus propios campos y de las cosechas que sus brazos habían conseguido. El aspecto de todos ellos denotaba ya los estragos de la guerra y las caras que se veían llevaban impresa la huella de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Las mujeres, por ser mujeres, estaban más ocupadas, pero los hombres se pasaban el día charlando y el que era feliz poseedor de un cigarrillo mendigado a los soldados alemanes, veía su tertulia mucho más concurrida con la esperanza de lograr una chupada del cigarro cuando su propietario se decidiera a encenderlo. Se comentaba constantemente los hechos de guerra y todos tenían algo que decir.

—¿Los alemanes hacen desalojar el Monasterio?—preguntaba un viejo que había sido artillero en la primera guerra mundial. ¡Tanto mejor! Esto quiere decir que la batalla decisiva se acerca.

—¡Cuántas historias!—exclamaba el viejo Canale—. Son momentos que hay que pasarlos, ¿no?, pues cuanto antes vengan, antes se acaba esto y deja uno de preocuparse.

El hijo del viejo artillero, un muchacho llamado Antonio, escuchaba la charla de los mayores mientras acariciaba a su perro. Este mostró cierta nerviosidad al ver pasar a una chiquilla rubia que ocultaba algo en su regazo. El perro tenía fino el olfato y también lo poseía una de las mujeres que andaban por allí.

—¿Qué escondes ahí, niña?—le preguntó la mujer hurgando en la ropa de la chiquilla.

Carmela, que así se llamaba la niña, aparentaba unos quince años. Era rubia y bien parecida. La juventud no profundiza en las tragedias y Carmela llevaba un pañuelo que sujetaba sus rubios rizos con la misma gracia que lo usaría una elegante en una playa de moda. Carmela separó las manos ante tanto curioso y aparecieron dos conejitos blancos.

—¿Están ustedes satisfechos?—dijo.

Todos se echaron a reír y el perro de Antonio todavía mostró más deseos de retorcer el pescuezo a uno, o a los dos animalitos.

La muchacha se alejó.

—Es la pequeña de Giovanni—explicó Antonio.

Carmela estaba lo suficiente lejos para no oír las palabras de conmiseración que siguieron a lo expuesto por Antonio.

—Sus padres murieron en el bombardeo—agregó Canale—. ¡Pobrecita! Ella no lo sabe.

María, la buena y hermosa joven maestra de Cassino había oído los comentarios que había despertado la presencia de Carmela.

—Carmela, ¿no me conoces? Soy María, la maestra de Cassino, que ahora estoy ocupada en la enfermería del Monasterio...

La niña miró a la joven desconfiadamente.

—Regreso a mi trabajo en la enfermería y me hace falta alguien que me ayude. ¿Quieres trabajar conmigo? —casi suplicó María en un afán de proteger a la joven huérfana que se encon-

traba sola entre los refugiados. Era la eterna caridad humana que albergan los corazones femeninos.

—Mis padres van a necesitarme. Tienen que volver...

No era posible descubrirle el terrible secreto. Tal vez era mejor que viviera de la esperanza en su regreso.

—Como tú quieras, Carmela, les haremos saber donde te encuentras—dijo Maria mintiendo piadosamente.

Entre los refugiados había llegado la madre de Gianfranco, el niño que había servido de modelo a Dom Eusebio, al que besaba con arrobó la pobre mujer.

Carmela, sin saber por qué, se quedó observando aquella escena, con nostalgia, por unos instantes. Pronto su rebelde juventud la animó a seguir merodeando por entre las distintas tertulias formadas por los refugiados.

La vida que llevaban aquellas gentes repleta de penurias, privaciones e incomodidades cada día se hacía más insoportable. No era la más apropiada para ancianos y niños. El pequeño Gianfranco fué de los primeros en sentir las consecuencias de tanta carestia y enfermó gravemente.

La escena de la madre cuidando constantemente a su hijo no podía menos que llamar la atención, incluso de un joven, tan producto de la generación del momento, Marco, triste, amargado por la guerra, siempre ausente de sí mismo por su enamoramiento hacia Maria, la joven maestra.

—¿Está malo otra vez el pequeño?—preguntó Marco a la madre.

—Me parece que esta vez no tiene nada grave. Se enfrió ayer noche un poquito, pero no le ha vuelto aquella tos.

—¡Maldita guerra!—masculló Marco—. ¡Es horrible que tengan que sufrir sus consecuencias incluso criaturas tan inocentes como ésta.

—Yo tomé parte en la otra guerra—explicó el viejo artillero—, pero aquello era diferente.

—Pues yo he estado en ésta...—replicó Marco, furioso.

La tos del niño se dejó oír.

—Cuando vine aquí—dijo la madre de Gianfranco—, pensé que iba a ser cosa de poco tiempo, y han transcurrido muchas semanas.

—Siempre ocurre lo mismo con las guerras. Se empiezan diciendo que serán muy cortas, pero todas duran años.

Un nuevo acceso de tos llevó a Marco junto al pecho del niño.

—Las cosas no pueden continuar así. Es preciso hacer algo. Debemos llevarnos de aquí al pequeño—dijo el joven.

—Pero ¿dónde le vamos a llevar?—interrogó el artillero.

—A la enfermería del Monasterio—repuso Marco.

—No será posible—replicó el artillero—, hay centinelas en la puerta y no pasa ni un alma.

—No se puede entrar, ¿eh?—exclamó Marco—. Es muy cómodo quedarse en casa, sobre todo si le guardan a uno centinelas extranjeros.

Mientras Marco y su grupo hablaban amargamente de la situación, un grupito de bonitas muchachas comentaban entre ellas y en voz baja que los soldados alemanes se llevaban a todas las chicas que encontraban. Carmela escuchaba, sin comentarlo, las habladurías de las mayores que ella.

El Alto Mando alemán había situado un pelotón de guardia a la entrada del Monasterio que impedía la entrada a toda persona que no estuviere autorizada. Los refugiados dirigían la vista muchas veces al día a aquella sólida puerta, cuyo umbral ansiaban traspasar por parecerles que sólo allí podrían estar a salvo de la batalla que se avecinaba.

El pequeño Gianfranco tosía atrozmente.

—No es posible soportar más esta situación—exclamó la pobre mujer—. ¡Mi hijito necesita un médico!

—Tranquícese, buena mujer—dijo Marco—, lo llevaremos al Monasterio. Allí podrán atenderle.

La infeliz madre sonrió a Marco agradecida.

El padre Eusebio salía a visitar a las diferentes personas que se habían alojado en las cercanías del Monasterio y les prodigaba palabras de consuelo:

—Desde mañana el Monasterio será declarado zona neutral, por lo tanto, supongo que muchos de ustedes podrán refugiarse en los sótanos.

Las lágrimas se asomaban a los ojos de los que le escuchaban. ¡Sería la felicidad completa poderse refugiar bajo las sólidas bóvedas del milenario edificio! A ninguno de aquellos infelices se

le podía ocurrir que el hombre moderno parece tan sólo vivir para perfeccionar la maquinaria de guerra.

María deseaba a toda costa evitar algún serio percance a Carmela, y no tenía más remedio que amonestarla constantemente:

—Me das miedo. Te he dicho centenares de veces que no te alejes de aquí, que no salgas a la montaña. Se buena, Carmela; escucha mis consejos.

—No quiero.

—¿Es posible que no quieras hacerme caso?

—No—contestaba la niña, dando media vuelta.

—¡Qué pequeña tan testaruda!—exclamó María.

—No soy ninguna pequeña—contestaba la voluntariosa muchacha, inconsciente del peligro que la rodeaba.

—Te prohíbo que te alejes de nosotros—insistió María—. Es peligroso.

—¿A mí qué me importa!

—¿No sabes que los alemanes se llevan a todas las chicas?

—Ya lo sé—contestó Carmela, endureciendo su mirada.

Don Eusebio había oído la conversación entre las dos jóvenes. En su apacible semblante se dibujó una sonrisa compasiva para Carmela.

—No es tan niña como yo creí—explicó María al monje—. He tratado de contarle la verdad de cuanto está pasando, pero no quiere escucharme. Tiene un carácter muy extraño.

—No la deje, María—dijo el padre—, aunque sepa de antemano que ha de pagarle con ingratitudes todo el bien que le haga.

—No creo que sea ingrata. Tal vez es que también ha sufrido mucho aunque es tan joven.

Con muy buen tino pensaba María que el sufrimiento hace a veces que los humanos se alejen de la ingratitud y el egoísmo.

De todas maneras el comportamiento de Carmela era un poco raro y a menudo se la encontraba con la vista fija y una sonrisa enigmática. Observaba muy de cerca a María. Tal vez la maestra era más vigilada que la niña.

La madre de Gianfranco llegó con su triste carga a la puerta del Monasterio para implorar la clemencia de la guardia alemana para que le permitieran la entrada.

—Mi pequeño se encuentra muy malito... les suplico que nos dejen entrar.

—«Nein, nein»; nadie entrar—contestaba glacial el centinela.

—Sólo el niño enfermo y su madre—explicó una mujer que les había acompañado—. Sea usted bueno, soldado!...

—Cumplir orden Alto Mando. Yo ser siempre militar y militares sólo obedecer.

—¿No hay algún monje por aquí?—preguntó Marco, que también figuraba en el grupo.

—A estas horas los monjes están en el coro—supuso la mujer.

—¿Cantando?—dijo Marco con ironía—. ¿Son estos momentos para cantar?

—Son momentos para rezar—puntualizó la mujer.

Abrióse en aquel instante el portalón de la Abadía y apareció Dom Eusebio bajo su dintel.

—¡Dom Eusebio!—imploró la madre, dirigiéndose al monje que pocos días antes pintaba al pequeño en su cuadro—. Gianfranco está gravísimo. Tiene una fiebre altísima.

—¡Pobrecito!—dijo el monje, saliendo fuera—. ¡Oh, ya verá cómo le ampara el Niño Jesús—. Por favor, señor, dejen entrar a este niño—suplicó el monje al soldado.

Los centinelas se apartaron rigidamente abriendo paso a la pobre madre que llevaba al niño en brazos, y los dos penetraron en el Monasterio.

—¿Hay muchos enfermos, verdad?—preguntó Dom Eusebio—. Es necesario rezar mucho. Es el mandamiento de Dios.

—Así será—respondió Marco entre compungido y rebelde—; pero es muy cómodo permanecer rezando mientras hay quien se queda sufriendo.

Dom Eusebio miró fijamente a Marco.

—Las manos alzadas al Dios de los Cielos vencen más batallas que las manos de los combatientes.

—Eso sería en otros tiempos. Hoy, el cielo lo cruzan los aviones.

—Sí, precisamente por esto hace falta rezar más aún.

—No veo la necesidad. Todas sus plegarias no han conseguido impedir que los hombres sigan matándose—insistió Marco, quien,

en su incredulidad y desaliento, no tomaba en consideración sino las cosas prácticas y los hechos concretos.

—Dios respeta la libertad de albedrío—contestó Dom Eusebio al descreído—, y nuestras plegarias no bastarán nunca mientras existan pecadores obstinados contra los mandamientos de Dios.

Se retiró Dom Eusebio y tras él se cerró de nuevo la puerta. Los que habían quedado fuera, como Marco, sumidos en el desencanto, y los centinelas reanudaban su guardia, que había quedado unos minutos en suspenso escuchando una conversación que habían adivinado más que entendido.

AMOR Y MUERTE

Los enfermos entre los refugiados en los montes iban en aumento y las puertas del Monasterio se abrieron una y otra vez para acoger a los desvalidos que llamaban pidiendo auxilio.

La población civil que continuaba gozando de relativa salud se había establecido en los alrededores de la Masía de San José. Marco había logrado ser de los que se hallaban en el Monasterio. Había algo en él que le atraía, era lo único que le permitía distraer un poco su imaginación de la guerra. Estaba enamorado de María, y siempre que se le presentaba una oportunidad para hablar con ella no la desaprovechaba. Poca atención le prestaba la joven.

—María, cuando me enviaron a Africa, todos mis sueños se quedaron aquí. Tus cartas fueron muchas... y las esperaba como se espera...

—Marco, te suplico que no hables de esas cosas.

—Ya comprendo, tú escribías al pobre soldado, por humanidad, por compasión. Es muy natural. ¿Qué somos nosotros? Ante todo, carne de cañón. ¡Maldita guerra! Cuando ésta termina no somos más que unos desplazados que vivimos al día. Claro, yo

no soy un señor, ni un abogado de postín—dijo acentuando las palabras.

—Marco, por favor.

—Cuando me dijeron que tenías un novio abogado, me resistí a creerlo.

La desesperación que reflejaba el semblante de Marco inspiró una vez más compasión a María. ¡Quién sabe dónde se hallaría Alberto! Convenía calmar a aquel pobre desgraciado.

—Marco, basta, todo lo que dices no es verdad.

—¿Todo es mentira? ¿Te has enterado de qué me voy?

—¿Qué piensas hacer?

—Pues lo que he hecho siempre: la guerra.

—Marco, ¿te has vuelto loco? ¿Dónde piensas ir?

—Es igual, aquí, allá, donde hagan falta más soldados—añadió con desaliento—. La carne de cañón sirve siempre.

La actitud desesperada de Marco alarmó a la joven. No era posible dejarlo marchar en aquel estado de ánimo. Era empujarlo hacia el suicidio.

—Escucha, Marco—dijo María con duizura—. Es falso todo lo que te figuras. Prométeme que no me dejarás. Prométemelo... ¿Me lo prometes?

Las palabras de María cayeron en los oídos del joven como la lluvia sobre tierra sedienta.

—Si tú lo quieres...

—No me gustaría que cometieras una tontería—dijo ella, dolida.

—¿No me pides que lo haga por ti?

—¡Oh, Marco! No es éste el momento—repuso María, acercándose a la cama donde estaba agonizando el pequeño Gianfranco—. No comprendas que vivimos en plena desesperación, no tenemos casa ni refugio; ni siquiera somos dueños de nuestra tierra... de nuestra patria...

Don Eusebio aproximóse al lecho del niño y apoyó la mano sobre su frente, acompañando la acción de un gesto demostrativo de incapacidad ante lo irremediable. Gianfranco, el pequeño que había servido de modelo para el Niño Jesús, iba a reunirse con El, huyendo de su enfermedad. Los ojos de la madre no se separaban del rostro de su hijo.

—Gianfranco, mi pequeño, ¿no sabes que están preparando el Nacimiento? Se acerca la fiesta del Niño Jesús. Traerán muchos juguetes y en ese día tendrás todo lo que desees, todos tendremos lo que deseamos. El Niño es tan bueno que hará que todos podamos volver a casa.

Los mayores permanecían silenciosos y la pesada respiración del enfermito era el único ruido que se percibía en aquella estancia. Gianfranco movió levemente su cabecita atormentada por la calentura.

—¿Papá también volverá a casa?—balbuceó con evidente esfuerzo muy superior a lo que podía hacer. Miró a su madre con unas pupilas que ya no brillaban y cerró los ojos para siempre.

Un llanto convulsivo hizo estremecer a los que rodeaban la cama de aquel niño cuya almita había huido hacia unas regiones donde no tendría que temer más a la guerra.

Con la vista fija y sin mirar determinadamente a nadie, la madre del niño recorría todas las estancias del Monasterio en que se permitía la entrada a los refugiados; pero su lugar predilecto era el estudio de Dom Eusebio, donde se veía a medio terminar el cuadro de la Madona y el Niño, para el cual Gianfranco había posado tantas veces.

Allí era donde se deleitaba la pobre mujer. Los ojos pegados sobre el cuadro, sin hablar, sin llorar, en mudo éxtasis, ante el retrato del hijo que jamás volvería a ver en la tierra.

Dom Eusebio la había visto varias veces en esta contemplación y no se atrevía a apartarla de lo que para ella era sin duda un gran consuelo. Transcurrieron algunos días, y entonces fué el propio Dom Eusebio quien permaneció ensimismado ante el cuadro. En su humildad consideraba el monje que aquella pintura no valía nada. Había estado a punto de perderla cuando los soldados querían apoderarse de ella. La guerra rondaba muy cerca de la Abadía y los aviones habían ya bombardeado pueblos de la costa italiana. Su decisión fué rápida y ante la mirada angustiada de la madre. Cogió un cuchillo y cuidadosamente cortó la tela, salvando la efígie de Gianfranco. Las lágrimas empañaron los ojos de la madre cuando él le ofreció el único recuerdo que tenía del semblante de su hijo.

—Tome, buena mujer.

—¡Oh, Don Eusebio!

Se había echado a perder una obra de arte, pero la obra de caridad que acababa de realizar el monje tenía mucho más valor ante los ojos de Dios y de los hombres. Aquel rasgo confortaba en algo a una triste mujer cuya cabeza estaba trastornada desde la muerte de su niño.

UN ENCUENTRO INESPERADO

En el abigarrado ambiente de una casa cercana al Monasterio los refugiados intentaban celebrar la Navidad.

Diferentes grupos de hombres, mujeres y niños charlaban y reían. Uno tocaba el acordeón mientras los niños extasiados contemplaban un improvisado Nacimiento.

Alrededor de una mesa se sentaban varios hombres comiendo y discutiendo apasionadamente.

—Calma, calma, hay que repartir los víveres—dijo el viejo artillero—. Os voy a servir a todos—y acompañando las palabras de la acción sirvió vino a todos.

—A tu salud—dijo uno de los invitados.

Levantaron los vasos con poca alegría y bebieron todos. Marco figuraba en esta tertulia y sacó un cigarrillo.

—Es el último que tengo. Procede de la línea de fuego, es americano.

—¿No tienes cerillas?—interrogó un mutilado yendo por lo práctico.

—No—contestó Marco.

—Pues iremos a medias.

—¿Y nosotros, qué?—interrogaron los otros tres.

—Buena—propuso Canale—. hagamos una cosa... dos bocanadas cada uno y el resto se lo fuma él, finalmente el cigarrillo es suyo, ¿no?

Puestos de acuerdo sobre tan importante tema, como es el

disfrute de un cigarrillo en tiempo de guerra, se encendió el codiciado tabaco, todos aplicaron en él sus labios para las dos bocanadas prometidas, y Marco, a quien la presencia de María en aquel instante había distraído del cigarro, la observaba celosamente. Sentada en un rincón, sola, sin hablar con nadie, se hallaba la pequeña Carmela observando todos los movimientos de Marco. En su corazón empezaba a nacer un sentimiento desconocido y en medio de esa soledad acompañada se sentía feliz siempre que se hallaba cerca de Marco.

Mientras en el interior de aquel caserío los refugiados intentaban distraerse un poco porque era noche buena, un auto ascendía por el camino. Hizo alto ante la casa y del coche se apearon un señor ya entrado en años y un joven vestido de paisano, pero cuyos andares delataban en cierto modo al soldado.

Eran el notario de Cassino y su sobrino Alberto. Entraron en la habitación donde estaban todos los moradores de la casa y reconocidos por casi todos ellos, fueron bien recibidos. El notario estaba nervioso y muy agitado.

—Oiga, ¿disparan mucho contra el Monasterio?—preguntó a un campesino.

No, señor notario, aquí estamos bastante tranquilos. Tenga usted en cuenta que es zona neutral.

Alberto sonrió a su tío:

—¿Ves tú cómo tenía razón? Aquí se está mejor que en Roma... y llegarán primero.

—Los aliados no desborden jamás la formidable defensa germánica—dijo cauteloso el notario, al cruzar la mirada con la sospechosa de un individuo que no perdía detalle de la escena.

Un muchacho joven saludó a Alberto.

—¡Hola!—respondió Alberto. ¿Tú por aquí? Pronto se acabará todo esto.

—Sí—respondió el notario, dudoso— En Cevaro también decías lo mismo... —y miró al desconocido que no les perdía de vista—. Hemos aguardado hasta Navidad para venir aquí, esperando encontrar un poco de calma y estamos vivos por milagro. Lo más prudente era desde Cassino haberse ido a Roma. ¡Esto era lo lógico! Pero mi sobrino, ya falta poco, ya falta poco... verás cómo llegan en seguida los americanos y... bueno, quería

darme a entender que aquí no existe peligro alguno y que se logrará rechazar al enemigo por completo...

—¿No era usted oficial? —preguntó el muchacho que había saludado a Alberto.

—Sí; pero he desertado—repuso el interrogado secamente.

—¡Ya! El 8 de septiembre—dijo el joven—. ¿Y los alemanes?

—¡Oh, nada!—interpuso el notario—. Mi sobrino tiene salvoconducto de las organizaciones Todt.

—¿Quiere usted beber un poco de vino, señor notario?—ofreció un campesino.

—Gracias, acepto con gusto.

María se había dado cuenta de la llegada de los dos hombres. Alberto había sido su pretendiente, casi su novio prometido. Amores que la guerra habían interrumpido y a los que se haría muy difícil para ella y lo más conveniente era procurar que Alberto se no enterara de su presencia entre los refugiados; pero ya era demasiado tarde. El joven abogado la vio cuando intentaba salir de la casa sin que él lo advirtiera. Alberto la siguió hacia el campo.

—¡María! ¡María! ¡María! ¿No me ves? ¡Soy Alberto!

Al pronunciar las últimas palabras ya había alcanzado a la joven.

—Te vi llegar, Alberto. Te suplico que me dejes.

Tampoco había pasado inadvertida de Marco la actitud de María ante la llegada del notario y su sobrino. También él salió al campo a observar, aunque fuese de lejos, cómo dialogaban los dos novios.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Alberto, ansioso.

—Déjame—respondió María—; será mejor que no hablemos de este asunto. Nos hemos encontrado de nuevo, pero no creas que todo podrá volver a empezar como el primer día.

—María, no te comprendo... nos volvemos a ver aquí como por obra de milagro, y en lugar de mostrar alegría, me recibes así, me ahuyentas. María, te quisero. Para mí nada ha cambiado, estamos otra vez juntos y todo seguirá igual, como fue al principio y como será el último día.

—¡No! ¡No hables del último día!—dijo María con amargura.— ¿Recuerdas aún el último día?

—Sí, era domingo; saliste a pasear conmigo...

—Para mí, Alberto, el último día fué el lunes siguiente, el día del bombardeo. Quedé sepultada en las ruinas de la escuela... y tú, ¿quién sabe dónde te hallabas?

—María, ¿ésta es la razón de tu recibimiento?

—Sí, tú jamás pensaste en mí. Decías que me querías; pero no era verdad.

—María, no puede ser por este solo motivo. Estás injusta conmigo. ¿Es posible que no comprendas que en aquellos instantes, y en aquel infierno, pudo uno haber tenido momentos de desorientación, de miedo, ¿si tú quieres? Pero regresé, regresé en seguida a Cassino, para tratar de encontrarte, y ya no estabas allí. No tienes derecho a destrozarnos nuestra felicidad por una causa que es en todo ajena a nosotros y es más fuerte que nosotros.

—Alberto—dijo María—, déjame tranquila. No pienso acusarte de egoísta, ni, desde luego, de haberte olvidado de mí. En el fondo ha sido mejor así. Mucho mejor. No empecemos a forjarnos nuevas ilusiones. Conviene saber que está uno solo y que no debe esperar nada de nadie. Si eres bueno, como creó que eres, no me pidas más, no digas nada ahora, no hables siquiera. Hasta la vista, Alberto. Me marcho, debe ser ya medianoche y me voy con los demás que van a Misa del Gallo.

María se separó de Alberto y siguió hacia al Monasterio. Varias mujeres y hombres seguían la misma ruta.

Marco había presenciado la discusión desde cierta distancia. Carmela había sido otro testigo. La niña se acercó a Marco y le miró con impertinencia para acentuar su sufrimiento. El desdichado adelantó el paso y alcanzó a María. Se colocó a su lado sin hablar y la acompañó hasta la capilla.

Eran varios los fieles que se hallaban orando, pidiendo al Altísimo que pusiera fin a tanta penalidad. La voz sonora del padre Abad en aquella memorable Misa del Gallo, la última que veía en pie el Monasterio de Montecassino, era como un bálsamo para los atormentados corazones de los pobres refugiados, sumidos en la duda y el dolor. ¿Era posible soportar por más tiempo aquellos sufrimientos? Todos los fieles de rodillas, con las cabezas hun-

didadas en las manos, rezaban en voz baja, todos podían que aquello terminara pronto porque las fuerzas se estaban agotando. El Abad recogía todas aquellas plegarias y las elevaba al Cielo, del único sitio de donde podían esperar algún consuelo.

Bendijo el Abad a sus feligreses al terminar la Misa, y todos regresaron a sus refugios para esperar el nuevo día que no sabían si traería penas o alegrías.

ZONA DE GUERRA

Hasta los refugiados había llegado el rumor de que los alemanes anulaban la zona neutral del Monasterio, y no tardó en confirmarse la triste noticia.

Un oficial y un intérprete alemanes pidieron audiencia al Abad. Los dos soldados llegaron a presencia del bondadoso monje y expusieron el motivo de su intempestiva visita.

—La zona neutral—explicó el intérprete—se considera anulada desde hoy. Los refugiados sin excepción deberán desalojar el Monasterio y sus alrededores. El señor Abad y los monjes son invitados a acudir a Roma con los medios ofrecidos por el Mando alemán. Si prefieren quedarse, será a su riesgo.

El Abad, hombre de noble aspecto y rostro benévolo, no contestó, y el intérprete continuó explicando las palabras del oficial.

—Es deseo del Mando adquirir todo el ganado de la Abadía, y desde luego, el mismo se cuidará de respetar el Monasterio, asegurando que ningún objetivo militar será emplazado en él.

Por fin el Abad se decidió a hablar:

—Renuevo mis protestas de ayer por cuanto está sucediendo. El mundo conocerá algún día lo ocurrido y juzgará en consecuencia. Me maravillo del cambio efectuado por sus autoridades castrenses, quienes, el doce de diciembre, y por medio de un oficial superior, nos había garantizado de un modo solemne la situación sobre el teatro bélico, de los monjes que hemos quedado aquí

para custodiar el sepulcro de nuestro fundador. Nosotros no nos moveremos si no es por la violencia, y en cuanto a los refugiados, quedan aquí muchos enfermos... y me duele que el nuevo Comandante en Jefe estime suficiente para informar de cuestiones de tan grave importancia el envío de un mero intérprete y de un oficial.

—Señor Abad—respondió el intérprete—, nosotros representamos al general.

—Está bien, está bien—repuso el monje.

—¿Y sobre la cuestión del ganado?—insistió el intérprete.

—¡Ah! Nosotros no somos comerciantes. Pueden llevárselo cuando lo deseen.

—Es que lo queremos comprar. No somos ladrones.

—Si lo desean pueden ustedes hacer una oferta cualquiera, nosotros no vendemos.

—Se lo diremos al Mando—aclaró el intérprete.

Saludaron los dos militares a los monjes, y cuadrados, tal como habían entrado, salieron de la estancia.

La situación de los refugiados masculinos se hacía imposible en el Monasterio. Se había dado la orden de desalojarlo y los hombres jóvenes eran los primeros que debían partir. El Mando alemán envió varios camiones a Montecassino para trasladar a aquellos hombres que podían ser útiles en alguna parte. Uno tras otro fueron colocándose en el camión, y Marco, que ya estaba arriba, vió llegar a Alberto, que tampoco pudo burlar la vigilancia alemana.

Carmela con sus dos conejitos en brazos observaba la marcha de los hombres y su corazón lloraba por lo que para ella representaría la ausencia de Marco. El no se había dado cuenta de la pasión de aquella niña y la trataba como a tal, habiendo corrido en su defensa cuando un soldado alemán había intentado arrebatarle los dos conejitos.

En una ventana del Monasterio habían otros ojos intranquilos que observaban los preparativos de marcha de los hombres. María había visto a Alberto subir al camión. Por fin se puso en marcha el transporte, y lo mismo Marco que Alberto fijaron sus miradas en la ventanita donde podían suponer que se hallaba la mujer que ambos adoraban.

AMAR ES LA LEY DE DIOS

El camión desapareció en el camino y María se separó de la ventana. Se sentó ante su mesa de trabajo en la enfermería y se puso a llorar silenciosamente.

Dom Eusebio la encontró llorando.

—¿Qué le ocurre a usted?

—Nada, padre—respondió la maestra, intentando fingir indiferencia, aunque del tono de su voz traslucía gran inquietud.

—¿Nada, nada? Si usted lo dice... Pero esas lagrimitas tienen todo el aire de proceder del corazón. Vamos, vamos, María; cuando uno es joven todo suele arreglarse. ¿Por qué no? ¿Se ha marchado?—preguntó, refiriéndose a Alberto—. ¿Por qué no se ha ido usted con él?

—Perdóneme Dom Eusebio—dijo María, llorando—. Soy una tonta y no consigo saber lo que me pasa.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé. No acierto a comprenderme; tengo la sensación de que fui dura e injusta con él... y, claro, se ha marchado.

—¿La quiere él a usted?

—Sí... no; es decir, parece que sí.

—¿Y usted a él también, no?—preguntó el monje.

—¿Qué modeta ahora todo esto? ¿De qué va a servir?—exclamó la joven con acritud—. Estos no son momentos de pensar en carifios.

Una leve sonrisa iluminó la demacrada faz del santo monje. La guerra iba señalando a sus víctimas.

—¿Por qué no, María? Amar es la ley de Dios. Sólo el amor puede hacer que renazca en la tierra todo lo que se destruye y todo lo que muere. Es preciso tener mucha fe, hija mía, y amar. La familia es la base de la vida, María, y si el hombre a quien quiere es bueno y digno de usted, deje a su corazón que ame, hija mía, y tenga fe.

EL CAPITAN RICHTER

Después de la orden dada por los alemanes anulando la zona neutral y la marcha de los refugiados masculinos, que fueron trasladados a campos de trabajo, un capitán médico visitó la Abadía para inspeccionarla y enterarse de cómo estaban los enfermos a que había aludido el Abad, cuyo estado no les permitía moverse.

El capitán Richter se presentó al Monasterio en cumplimiento de su misión, y fué Dom Eusebio quien se cuidó de llevarlo ante los enfermos. Hombre joven todavía, usaba gafas, lo que le daba más el aspecto de sabio que de militar. Su porte era correcto, y al llegar a la puerta de la enfermería cedió el paso al monje. Miró uno a uno a los enfermos y al llegar a la cama de un anciano que no presentaba mal aspecto, dijo:

—Este paciente podría moverse, —y buscó el asentimiento del monje.

—Es padre de aquella señora—aclaró Dom Eusebio, señalando a otra enferma—, y ella no puede moverse.

Una mirada a la paciente bastó para dar a comprender al capitán de qué casos se trataba.

—Sí, sí, bien, bien—respondió Richter secamente—; pero la guerra, padre, no permite sentimentalismos.

Se abstuvo el padre de contestar, y dando por terminada la visita a la enfermería, le invitó a recorrer otras estancias de la santa casa. El médico alemán estaba entusiasmado.

—Sí, es hermosísimo y verdaderamente grandioso. Existen joyas magníficas en vuestra tierra. La guerra parece absurda en este país de bellezas...

—La guerra es absurda en todas partes, capitán—contestó el padre mientras cruzaban las bellas galerías de la Abadía.

—No, padre. La guerra es la ley de la Naturaleza entre los hombres como entre todas las criaturas... es la lucha por la vida. Los más fuertes vencen, los más débiles caen...

—Cada uno tiene su puesto en el mundo, según sus propios méritos—adujo el monje.

—¿Sus méritos? Utopías, querido padre, utopías — respondió el capitán irónicamente.

FUGA

Los refugiados masculinos que salieran una mañana del Monasterio no habían sido trasladados a gran distancia. A pocos kilómetros de camino unos centinelas habían dado el alto al camión y habían obligado a saltar a tierra a todos los jóvenes. Había sido en vano que el notario dijera que su sobrino pertenecía a la organización Todt, Alberto como los demás debía formar parte del grupo que iba a trabajar en una cantera muy cercana al Monasterio.

La casualidad quiso que los dos rivales tuvieran que trabajar juntos y se hicieran buenos amigos; estos casos suelen ocurrir en las guerras, y como el peligro era grande e inmediato, no podían entretenerse en discutir sobre las preferencias de María por el uno o por el otro.

—¿Tú no sabías que yo amaba a María?—preguntó un día Marco.

—No. Te vi por primera vez la noche que llegué al caserío —repuso Alberto.

—Hace muchos años que conozco a María —decía Marco, pensando tan sólo en ella.

—¿Qué piensas hacer?—interrogó Alberto, más sereno que su compañero.

—Aquí no hay otra solución que escaparse—replicó Marco, decidido.

—Imposible... la puntería de estos alemanes asusta.

—¡Mejor!

—Es una insensatez, pero te seguiré. ¡De acuerdo!

Haciendo como que trabajaban y procurando alejarse poco a poco lograron huir, pero los centinelas descubrieron las figuras de dos hombres fuera del cerco de trabajo y empezaron a disparar sin piedad. Marco cayó herido, y Alberto, que le llevaba cierta ventaja, retrocedió al ver que su compañero no le seguía. Al fin lo halló tendido en el suelo.

—¿Te han herido? ¿Dónde?

—En el hombro—respondió Marco con un lamento.

—No me hiciste caso, ya te dije que disparaban como nadie, pero no importa. Animo, te ayudaré a levantarte y nos ocultaremos en la espesura del bosque.

El cuerpo del herido pesaba mucho y Alberto tenía que andar medio agachado con Marco sobre sus hombros. Unas voces les hicieron temer que todavía les persiguían y se detuvieron. Era el viejo artillero que iba en busca de su hijo Antonio. Hablaba con el viejo Canale.

—Mi Antonio ha ido en busca de provisiones y todavía no ha vuelto—dijo a Canale—. ¿Le has visto?

—Sí—repuso el viejo.

—Pues no ha regresado—explicó el padre.

—¿Salieron ya los otros para Monte Cairo?

—Sí, hace un par de horas. Vino un «partisano» para servirles de guía. ¡Escucha! ¿Oyes? ¿Será Antonio que regresa?

—¿Quién anda por ahí?

—Amigos—contestó una voz.

—¡Oh, es el abogado!—dijo Canale.

Efectivamente, era Alberto, que al haber reconocido las voces de los dos viejos había salido a su encuentro en busca de auxilio para el pobre Marco.

—Marco... quedó a medio camino... y está herido... id por él antes de que lo encuentren los alemanes—dijo Alberto sin apenas poder hablar, tanta era su angustia.

—¿No has visto a mi hijo Antonio?

—No—respondió Alberto.

Una pobre mujer acudió adonde estaba Alberto y le ofreció un poco de agua. Siempre tenía algo que ofrecer a los que huían y les consolaba también con palabras.

—¡Pobre hijo mío! No le extrañe que le trate así, señor abo-

gado. Tengo hijos de su edad... ¿Cree usted que los alemanes nos podrán encontrar aquí?

Al momento de decir esto se oyeron voces de mando en alemán. Todos contuvieron la respiración.

—Salgamos por la puerta trasera de la cabaña—dijo Canale.

Sin hacer el menor ruido corrieron a su escondrijo los fugitivos, y no encontrando los soldados a nadie retrocedieron a sus puestos.

Antonio regresaba a la cabaña cuando fue sorprendido por los alemanes.

—Échate a tierra o disparo—gritó el soldado.

El joven italiano se negó a obedecer.

—¿Cuántos años tener?

—Dieciséis—respondió Antonio.

—Yo también dieciséis y ya combatir y tú, no. ¡Fuera!

Antonio echó a correr y se ocultó tras unas rocas. El alemán estaba a poca distancia, y para salvarse de él Antonio sólo podía valerse de la gran piedra tras la cual se ocultaba. El soldado estaba cada vez más cerca. Antonio cerró los ojos y empujó la piedra que resbaló por la pendiente y aplastó al soldado. El grito de horror del alemán se confundió con el de Antonio. Le oyó su padre y salió a buscarlo.

LA GUERRA LLEGA AL MONASTERIO

Le era indispensable al joven Antonio explicar a alguien lo que le había ocurrido, y el bondadoso Dom Eusebio escuchó la breve confesión del horrorizado muchacho: «¡Padre, he matado a un soldado!».

Maria y Carmela, que permanecían todavía en el Monasterio, estaban al corriente de todo lo ocurrido y de que eran varios los que se habían escapado de la cantera.

—Y... ¿solamente Marco está herido?—preguntó Maria a

Carmela, mientras la primera se peinaba, sirviéndose de un pequeño espejo apoyado encima la mesa.

—Sí, y fué Alberto quien lo recogió y le ayudó a llegar.

—Sí, esto es lo que me han dicho.

Carmela observaba todos los movimientos de María.

—Si tuvieras un poco de brillantina—dijo Carmela, y al mismo tiempo agregó—: ¿verdad que también vendrá Alberto?

—Sí, y todos los demás refugiados.

—Ayer los alemanes recorrieron todos los alrededores y como que el padre de Antonio ha visto que nuevamente hay algunos refugiados en el Monasterio, supongo que volverán todos. ¡Qué bien te peinas, María!

—¿Quieres el espejo para peinarte?

La niña se quitó el pañuelo que sujetaba su pelo. Se miró al espejo y dijo:

—No, gracias, ya voy bastante bien peinada, y con cierta violencia volvió de nuevo a colocarse el pañuelo.

El capitán Richter seguía visitando a los enfermos recogidos en el Monasterio. Una mañana llegó allí con un paquete. El primer paciente era un niño. Se acercó a él y le ofreció una naranja.

—¿Cómo va hoy nuestro enfermito?—preguntó cariñosamente—. Vamos, tómalala, es para ti.

Don Eusebio quedó sorprendido ante la actitud del médico militar.

—La guerra no admite sentimentalismos, capitán—recalcó intencionadamente el monje.

—Es que, como ustedes dicen, un día es un día. Hace dos horas que ha empezado una enorme ofensiva. Padre, pronto la guerra estará aquí.

—¿Aquí?—preguntó el monje, alarmado.

—Bueno, no. Aquí mismo, no. En Cassino...

El capitán Richter estaba bien informado, tal como había dicho, la gran ofensiva, la primera ofensiva sobre el frente de Cassino, se había iniciado con violentos bombardeos, seguidos unos tras otros. El Monasterio sintió las inmediatas consecuencias de las fortalezas volantes y se derrumbaron algunas de sus milenarias paredes. Los monjes con el Abad entre ellos conservaban la serenidad y alzaban los ojos al cielo, su única esperanza; pero los

pocos refugiados que se encontraban en la Abadía corrían despavoridos de un lado a otro porque presentían que tampoco el Monasterio era ya un lugar seguro. No había más remedio que instalarse en los sótanos y allí acudieron, colocándose de cualquier manera, con tal de salvarse de los terribles bombardeos.

Marco y Alberto, por estar herido el primero, se hallaban también en el Monasterio. Sus semblantes reflejaban las penalidades sufridas.

Carmela vió a Marco y se acercó a él para hablarle.

—¿Cómo estás, Marco?

—Bien, ha sido poca cosa... una herida en el hombro—contestó el joven, intentando disimular el dolor que sentía.

María se hallaba también en la enfermería cuidando a los enfermos. Una terrible explosión procedente de un nuevo bombardeo hizo añicos los cristales de una ventana. Marco corrió para proteger a María, y en aquel instante acertó a pasar Alberto. Les miró, pero no pronunció una sola palabra.

Los monjes iban y venían prodigando cuidados y palabras consoladoras, que también ellos hubieran necesitado. Aparecían sin afeitar, con los hábitos cubiertos de polvo, pero conservaban su augusta dignidad y siempre que uno de ellos aparecía entre los refugiados les parecía que estaban más seguros.

El padre Abad acusaba también en su semblante la huella del sufrimiento, que procuraba disimular para no desanimar a cuantos le rodeaban. Los minutos eran horas en aquellos días y no se vislumbraba el fin de tanto horror.

El 23 de enero de 1944 se supió el desembarco en Anzio, y la guerra acentuó aún más su furor alrededor de los venerables muros de la Abadía. Montecassino era tierra de nadie. Ya no habían centinelas ante el portal grande del Monasterio; pero sí una orden y ésta era que la puerta debía permanecer cerrada para todo posible refugiado.

Los monjes, que sentían en el alma no poder dar cobijo a los muchos que todavía estaban por el monte, salían de vez en cuando con cestas de comestibles para auxiliar a aquellos pobres desgraciados.

Una de las mujeres vió que se acercaban los monjes con Dom Eusebio entre ellos.

—Francisco, ahí viene Dom Eusebio—dijo la mujer.

—Mamá, ¿cuándo podré entrar donde están los monjes?

—preguntó el pequeño Silvio a su madre.

—Hijo mío, no lo sé...

Los donativos de los padres eran bien recibidos y hasta agradecidos por casi todos, pero alguno rezongaba. Una mujer murmuró:

—Ellos se quedan dentro y nosotros fuera a recibir las granadas.

—¡Con los buenos subterráneos que hay en el Monasterio!

—coreó un hombre.

Estas palabras partían el corazón de Dom Eusebio, que hubiese deseado hacerlos entrar a todos, pero él no podía contrariar las órdenes dadas por el Alto Mando alemán, y tenía que escuchar en silencio aquellas voces insidiosas, aunque comprendía muy bien que a aquellos desgraciados les sobraba la razón.

—Silvio, ¿tienes hambre?—preguntó Dom Eusebio al niño.

—Lo que tengo es miedo, padre—replicó el pequeño.

Terminó el reparto de alimentos, los monjes penetraron de nuevo en el Monasterio y la puerta se cerró otra vez.

El trabajo constante y las preocupaciones de tan angustiosa situación habían quebrantado la salud de Dom Eusebio, pero alma caritativa como pocas no se ocupaba de sí mismo, y tan sólo estaba atento a las necesidades de los demás. Fray Jaime observaba que su superior iba languideciendo, y un día se lo dijo:

—Dom Eusebio, trabaja usted demasiado... debería cuidarse.

—Aun me parece que trabajo poco... quisiera poder remediar más tanta terrible desgracia. Esas pobres gentes tienen razón, no se les debe dejar ahí fuera.

Al día siguiente Dom Eusebio no tuvo fuerzas para abandonar el lecho y el padre Abad fué a visitarle.

—Dom Eusebio, hay que cuidarse si es que quiere reponerse dijo el Abad.

—No deseo otra cosa, padre Abad, hay tanto que hacer.

—Todo se andará, usted descanse hoy y tal vez mañana estará mejor.

—Quería hacerle una pregunta.

—Diga, Dom Eusebio.



Seis años que vivieron el dolor de una guerra despiadada.



Frente a las gloriosas ruinas de la Abadía se levantan dos cruces. Son las de las tumbas de Don Eusebio y del Capitán médico Richter.



María y Alberto ayudando a los desvalidos.



Zora Piazza y Silverio Blasi en un momento de la película.



- Esto no es una obra de arte, dijo Don Eusebio.



-¿Cómo se encuentra, Don Eusebio?



Marco no sentía el terror de los demás durante el furioso bombardeo.



Alberto había tomado la decisión de huir.



Muda contemplación de
la trágica ruina.



— ¡ Mi hijo necesita un
médico !



— La zona neutral se
considera desde hoy asu-
lada.



— ¡Alberto, tengo mie-
do!



El monasterio acogió a otros muchos enfermos.



— Tú jamás pensaste en mí. Decías que me querías pero no era verdad.



Los supervivientes abandonaron aquellas ruinas inmortales.



Don Agostino, que ha salvado el Santísimo, reparte la Comunión entre los refugiados.

—¿No podríamos hacer alguna otra cosa por esa pobre gente que ha quedado en el campo?

—Eso estábamos discutiendo—replicó el Abad—, pero la orden del General del Sector es que no se permita la entrada a ninguno. No llevo a comprender el motivo bórico en que se basa, pero ésa es la orden.

—Si se pudiera evitar de algún modo que esos pobrecillos desamparados sufrieran tal cúmulo de calamidades.

Fray Nicolás, que también estaba presente, habló:

—Lo malo es—dijo—que hay riesgo de provocar nueva orden de desalojamiento y hasta una deportación.

—Es que lo que padecen ahí fuera es tanto, que, desde luego, me parece que no puede haber nada peor.

—Es verdad—repuso el Abad—, pero desgraciadamente no podemos asegurar que esto no sea todavía más peligroso. La guerra amenaza ya al mismo Monasterio...

Las palabras del Abad fueron proféticas. En los primeros días de aquel triste mes de febrero, que ya ha pasado a la historia de Montecassino y del mundo, la guerra alcanzó también la casa del Señor.

Los bombardeos de centenares de aviones eran incesantes.

Una muchedumbre de fugitivos llegó ante las puertas del Monasterio pidiendo asilo, aterrados por los estragos de la aviación y la artillería de los dos ejércitos combatientes.

Las mujeres suplicaban por caridad la entrada en el Monasterio. Con manos frenéticas golpeaban aquella enorme puerta, a la que, de haber tenido sentido, le hubiesen semejado ligeras caricias, tan fuerte y rotca era ella. Los gritos y alaridos llegaron hasta donde estaban los monjes y el Abad, contraviniendo todas las órdenes y leyes, para atenerse solamente a la de la caridad, ordenó que la puerta del Monasterio se abriera de par en par y acogiera a todos los fugitivos.

Una ingente multitud, cargada con colchones, mantas, enseres y objetos de todas clases, irrumpió en el patio del Monasterio, y en la escalinata se hallaba el Abad rodeado de los pocos monjes que habían permanecido allí con él. Levantó la mano el Abad para indicar que iba a hablarles y todos hicieron alto.

—Como tanto habéis deseado, el Monasterio os acoge. Sé muy bien que os acercáis a él con la esperanza y alguno puede que hasta con la certeza, de que esta casa de Dios no será atacada por el torbellino de la guerra; por lo tanto, mis votos de que así sea, son los vuestros, e igualmente fervientes; pero, por desgracia, hijos míos, los acontecimientos no son tales como para dar pábulo a nuestros buenos deseos y paternalmente os advierto que se cierne sobre todos nosotros un grave e inminente peligro... y ahora, nada más que bendeciros en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La multitud acogió la bendición del Abad con unción, y persignándose devotamente, esperó a que se retirara la breve comunidad.

Unas explosiones inmediatas y muy cercanas dispersaron aquella reunión y obligaron a los refugiados a huir en todas direcciones en busca de amparo.

—En los sótanos es donde estaréis mejor—dijo Dom Oderisio.

No se hicieron rogar para seguir el consejo del buen monje, y rápidos, a pesar de la carga que llevaban muchos de ellos, corrieron hacia la escalera que debía conducirles al único lugar que se consideraba un poco seguro en aquellos instantes.

La madre de Gianfranco, que no se había marchado del Monasterio, se pasaba los días enteros contemplando la pintura de su hijito, el piadoso regalo que le había hecho Dom Eusebio.

La mirada vaga de la pobre mujer delataba a la legua el estado de su cerebro. Entre los fugitivos que habían entrado en la Abadía había una mujer joven con un niño algo mayor que el pobre Gianfranco, pero de pelo rizado y mirada alegre también. En la confusión de la llegada al sótano el pequeño Paolo quedó tentado muy cerca de donde estaba la pobre perturbada. Se fijó ella en él y ya no apartó su mirada del pequeño. Paolo observó la pintura clavada en la pared, y levantándose de su sitio, creyendo ver también un parecido consigo mismo, preguntó:

—¿Quién es ese niño?

Ella no oyó sus palabras, sólo vio que un niño rubio y hermoso se acercaba a ella... y en él vio a su hijo.

Lo abrazó frenéticamente en el momento en que entraba la

madre del muchacho, quien se extrañó al ver la rara actitud de aquella mujer.

—Paolo... tesoro mio, Paolo, Dios mio ¡ven con tu madre—dijo, arrancándolo materialmente de los brazos de la pobre infeliz, sumida ya en los cauces de la locura.

El tronar del cañon se oía a cierta distancia, pero parecía por un momento que dejaba en paz al Monasterio. Los refugiados aprovechaban estos instantes de tregua para salir en busca de agua o cualquier otro menester, pues en los sótanos faltaban muchas cosas.

María salió al patio llevando un cubo en la mano. Se dirigia al pozo en busca de agua. Marco la alcanzó.

—Dame el cubo, María, ya lo llevaré yo.

—No, Marco; no puedes hacer fuerza con el brazo derecho.

—Lo llevaré con la mano izquierda, dámelo.

Accedió ella a lo que él le pedía y llegaron al pozo. En absoluto silencio sacaron el agua y llenaron el cubo.

María, nunca consigo poder hablarte a solas... siempre me huyes.

—No son momentos de hablar... y tampoco tenemos nada que decirnos.

—Te encuentras tan sola como yo, María, y de un momento a otro podemos dejar de vivir... ¿Por qué negarme la caridad de algunas palabras?

—Dejar de vivir... no sería extraño—repuso la joven, refiriéndose a sus primeras palabras—. ¿Te importaría mucho morir?

—Sí que me importaría, muchísimo ahora.

—Pues yo no—dijo la maestra—; hoy para mí ya nada cuenta. De existir (una vida será en el cielo, porque en eso sí que tengo fe.

—¡Bah!—contestó despreciativamente Marco.

—Tú no lo crees, pero yo sí.

—María, yo no sé esperar.

—Debo decirte, Marco; yo quiero a Alberto!

Bajó los ojos el infeliz Marco, herido por las palabras de María, que le causaron más dolor que los balazos de los alemanes le

habían producido en el hombro. Aquella herida estaba cicatrizando; la infligida por María no cicatrizaría jamás.

Cogió el cubo con la mano izquierda y siguió a la joven, que ya se había puesto a andar en dirección a la escalera del Monasterio.

El estrépito de obuses y granadas hacía cambiar miradas de pánico entre los refugiados en los sótanos del Monasterio.

—¿Qué es eso?—preguntó una asustada mujer mientras las explosiones se sucedían sin interrupción.

—Están disparando muy cerca de aquí—dijo el viejo artillero con aire de inteligente en la materia.

—¿Es posible que disparen hacia nosotros?—interrogó otro, asustado.

—No; es desde aquí que disparan hacia el otro lado—repuso Canale—, estamos rodeados por el enemigo.

—Por el sonido de la explosión, se trata de tanques—insistió el artillero.

—¿Qué son tanques, mamá?—preguntó una niña.

—Unas cosas horribles—contestó la pobre mujer, abrazando a su hija.

No andaba equivocado el artillero. Por la cuesta de Montecassino subían lentamente los pesados tanques, disparando desde su torrecilla; el dragón de fuego de las leyendas convertido en real máquina mortífera.

María se había contagiado de la serenidad de los monjes y prodigaba su cariñosa asistencia a cuantos la solicitaban. El servicio del agua era el más importante y también muy peligroso, porque obligaba a salir al patio. Las balas silbaban constantemente y se derrumbaban muros de la inmensa Abadía.

Alberto la acompañaba en algunas de esas peligrosas salidas, pues Marco ya había abandonado el campo después de la explicación que ella le había dado.

—Alberto, ¿cuándo terminará esta pesadilla? Nos hace falta tanta paz.

—Llegará, ya lo verás—contestó el abogado—. La paz entre los humanos es cuestión de buena voluntad.

—Te he agradecido mucho lo que hiciste por Marco al caer herido.

—¿Lo quieres?

—No, nunca le he querido; siempre me ha inspirado lástima, y ahora todavía más. Sus heridas alcanzan el cuerpo y el alma. No quiere comprender dónde está la verdad. No tiene fe.

—¡Pobre Marco!

—A veces—dijo María—estoy como a oscuras, quisiera comprender a los demás sin antes comprenderme a mí misma. La joven se estremeció.

—Es cierto. ¿Tienes frío?—preguntó Alberto, solícito.

—No; pero tengo miedo, marchemos de aquí. Es mejor estar en los sótanos procurando ayudar en algo a tanto desvalido.

Marco vió entrar a los dos jóvenes. En su mirada no brillaba el rencor, pero sí una gran pena.

—Es hora de curar, Marco—dijo María, acercándose a él—. Quitate la chaqueta y veremos cómo está el vendaje.

Obedeció el desgraciado como si fuese un niño y María limpió la herida y la vendó de nuevo con sumo cuidado.

—Gracias, María.

—¿De qué?

—De todo cuanto haces por mí.

—Es una obligación que tengo de cuidaros a todos y más a ti, Marco, porque te conocía de antes.

—Sí, sí, claro—respondió Marco sombríamente.

Cuando las explosiones daban un poco de tregua, la preocupación de los refugiados era la comida, que sobriamente distribuía por los monjes, era cocida por los cabezas de distintos grupos reunidos en los sótanos. Unos se ocupaban en mondar patatas, otros en desplumar aves, y ésta era la única distracción que tenían aquellas pobres gentes condenadas ya a muerte por la implacable guerra.

—¿Qué os ha tocado uno gordo?—preguntó un joven a unos hombres que estaban desplumando un pollo.

—Al contrario—dijo una mujer, riendo y mostrando un pollo—, uno bien seco por cierto. También él ha sentido la guerra.

—Han dicho que anoche se llevaron del gallinero las últimas cuatro gallinas que quedaban—comentó otra mujer.

El día transcurría en conversaciones de esa guisa con la buena intención de distraerse del único pensamiento que tenían todos: ¿Cuándo terminará esto?

—Antonio—preguntó el artillero a su hijo—. ¿sabes cómo sigue Dom Eusebio?

—El pobre no ha podido volver a levantarse. Se acostó creyendo que un poco de descanso le permitiría ponerse de nuevo en pie y ha sido todo inútil. Está grave, yo creo—explicó Antonio.

—Dom Eusebio ha trabajado demasiado desde que la guerra llegó hasta aquí, y el pobre está pagando las consecuencias. ¿Le ves a menudo, hijo?

—No le dejan que se fatigue; yo le hago compañía sin hablarle. Me mira y me sonríe, esto me basta.

Un mutilado que se hallaba entre los refugiados era de los que sufría lo indecible por no poder fumar.

—Oye, Marco—le preguntó—. ¿tienes todavía aquel medio cigarrillo? ¿No vendría mal fumártelo? ¿Qué te parece?

—Tómalo, si lo quieres, a mí no me importa.

—Gracias, Marco; no sabes cuánto te lo agradezco—contestó el mutilado sonriendo satisfecho.

—Dichoso tú—replicó Marco—, que puedes sentirte feliz con medio cigarrillo.

—No mires las cosas tan sombríamente. Tú, total, tienes una leve herida en el hombro, yo he quedado mutilado por toda la vida, y ya ves, alegre y sonriente dentro de lo que cabe en estos momentos, que no van a durar siempre, vendrán otros y todos podremos ser felices.

—Algunos podrán volver a ser felices, yo no.

Una mujer se acercó a un grupo de hombres henchida de noticias.

—Dom Zacarías me lo dijo—explicaba—, lo vió con sus propios ojos. Un grupo de soldados americanos hizo prisioneros a unos veinte alemanes en la gruta, en el mismo recinto del huerto.

—¡Veinte prisioneros! ¡Caramba!—exclamó un joven—, y mientras tanto nos cosen a cañonazos.

—Bien pudo Dom Zacarías gritarles a esos americanos que nosotros estábamos aquí dentro—exclamó una mujer.

—Lo saben ellos de sobra—contestó Canale—. Tiran gasta esas granadas que producen humo blanco para ver dónde explotan y poder así corregir el tiro. Ahora bien, algunos es natural que...

—Oye—preguntó una mujer—, ¿te dijo Dom Zacarías cómo eran los americanos?

—¡Qué preguntas!—exclamó Canale—. Son hombres como nosotros.

—Dom Zacarías dijo que iban vestidos de amarillo—explicó la comadre que había venido con las noticias de primera mano—. Uno de ellos gritaba fuerte en italiano: ¡Tú fuera, pronto!

—No, en italiano, no—dijeron un joven y una mujer a la vez.

—Sí, en italiano, lo he oído muy bien, estaba cerca de él.

—Entonces falta poco para terminar—resumió Canale, y con ello el pensamiento de todos ellos.

Uros hombres habían salido a pasear un rato por el patio del Monasterio en busca de aire puro, pues la atmósfera del sótano era asfixiante.

—¿Sabes por qué tiran?—preguntó uno de ellos.

—Sí.

—Es un engaño.

—Así los de enfrente creerán que aquí hay gran cantidad de cañones.

El capitán Richter seguía visitando a los enfermos del Monasterio, y la primera visita era para Dom Eusebio, hacia quien sentía una profunda simpatía. Le acompañaba Dom Martino desde que se hallaba enfermo el otro monje.

Antonio se hallaba a la cabecera de la cama del paciente cuando entraron el monje y el militar.

—¡Hola, Antonio!—dijo Dom Martino—. ¿Estás más tranquilo?

—Sí—respondió el muchacho, que no podía olvidar la muerte del soldado alemán a causa de la piedra que él le arrojó.

—¿Ha empezado alguna otra ofensiva?—interrogó Dom Eusebio, mirando al militar.

—Sí— contestó el capitán mientras se sentaba y tomaba el pulso al paciente— Entre las ruinas de Cassino se combate de nuevo casa por casa y los ataques son bastante violentos.

—Capitán aquí también murieron muchos enfermos — dijo Dom Eusebio.

—Lo sé... y me gustaría hacer más; pero, desgraciadamente, nos faltan médicos, nos faltan muchas cosas para combatir a tanto enemigo... en tan duros momentos.

Dom Eusebio suspiró. También él sentía simpatía hacia ese hombre de creencias y raza distinta que acudía a la cabecera de su cama para prodigarle el alivio que procuraba su ciencia.

—Su actual misión de médico, capitán Richter, se parece un poco a la nuestra de monjes. No vea más enemigos entre los hombres, no cultive odios ni deseos de venganza.

La rígida disciplina del militar alemán tal vez le inspiraba unas contestaciones que en el fondo no sentía el buen médico.

—Un buen soldado no puede amar a su Patria, sin odiar a sus enemigos.

—De ningún afecto, de ningún amor a la Patria debería nacer el derecho a asesinar, a romper el disfrute de una vida... que nos hace ciudadanos de la mejor de las patrias, la Humanidad.

Dom Eusebio había hecho un esfuerzo para pronunciar esas palabras y su cabeza cayó abatida sobre la almohada.

—No se fatigue, Dom Eusebio — contestó amablemente el capitán.

—Me pasado la noche muy intranquilo—explicó Dom Martino.

—¡Intranquilo! Son sus tanques pesados... que disparan desde ahí abajo... son un grave peligro—dijo Dom Eusebio.

El capitán se incorporó.

—Nosotros no hemos traído aquí tanque alguno.

—Sí, llegaron de noche por la carretera, se les oye muy bien.

Las palabras de Dom Eusebio causaron verdadera alarma en el militar.

—Imposible, padre... muchas veces ocurren cosas que parecen incomprensibles. Debo irme ya...

—Adiós, capitán—dijo en voz tan baja Dom Eusebio que sus palabras no llegaron a oídos del militar.

El automóvil del capitán Richter aguardaba en la puerta del Monasterio y lo conducía él mismo porque faltaban hombres para luchar en los distintos frentes. No se podía destinar un hombre al servicio de otro si éste podía atender él mismo la necesidad de conducir un coche. Don Martino acompañó al capitán hasta la puerta, le vió montar en el auto, se tocó la gorra en breve saludo militar y desapareció cuesta abajo.

Los aviones dejaban oír sus motores a alguna distancia, pero no tardarían mucho en llegar. El capitán Richter otaba el firmamento y conducía a una velocidad loca, pero la aviación corría todavía más. Una lluvia de bombas le obligó a hacer alto y un instante después una explosión derribaba un árbol que alcanzaba el coche. Mortalmente herido, tuvo fuerzas todavía para saltar del auto, tan sólo para caer desplomado en la carretera sin esperanza de poder levantarse jamás. Allí a pie del Monasterio, al que había acudido todos los días, moría en cumplimiento de su deber, como buen militar en campaña, el capitán médico Richter.

Las explosiones llegaban a oídos de los refugiados en los sótanos del Monasterio, con el temor de que alguna de las bombas les alcanzara de un momento a otro.

—¿Os dais cuenta de cómo continúa el bombardeo?—preguntaba a los que le rodeaban—. Si tuviéramos bombas de mano, las mismas de allá en el Corso. Con ellas no dejábamos ni uno, y si ahora me dieran otra oportunidad, ya veríais cómo se largaban de aquí.

El pobre artillero desconocía la clase de armas con que los americanos estaban atacando.

—Papá, ¿mataste muchos allí?—preguntó Antonio.

—Hijo, cumplí con mi deber.

—Y... ¿después no sentiste remordimiento?

—¡Remordimiento! ¿Remordimiento, qué es?

Antonio permanecía silencioso y una vez más le parecía oír el grito desgarrador del soldado alemán cuando vió correr la roca hacia él.

La enfermedad de Don Eusebio estaba llegando a su fin, el buen monje estaba agonizando. El Abad, acompañado del resto

de los monjes, no se apartaban de la cabecera de la cama y le habían proporcionado ya todos los auxilios y consuelos de la religión. Oficiaba el padre Abad.

«*Per impositionem manuum nostrarum et per invocationem gloriose et sanctae Dei Genitricis Virginis Mariae, aiusque incliti Sponsi Joseph... et omnium Sanctorum, Angelorum, Archangelorum, Patriarcharum, Prophetarum, Apostolorum, Martyrum, Confessorum, Virginum, atque omnium simul Sanctorum.*»

—¡Amén!— respondieron todos los monjes, incluso el enfermo.

Se retiraron los monjes y quedó con Dom Eusebio el padre Abad.

—Aquella pobre gente está ahora toda entre nosotros—suspiró el paciente—. Que sea el Monasterio un refugio de almas. ¡Algún día el mundo comprenderá la verdad... y los hombres llegarán aquí en peregrinación a pedirnos la paz.

Estas fueron las últimas palabras del venerable padre Eusebio, el santo varón cuya vida se había extinguido consumida por el fuego de su amor y fe hacia Dios, amor que también sentía por todos los humanos.

VICTIMAS INOCENTES

Entre todos los refugiados del Monasterio Marco era el que sufría más. No podía soportar la presencia de María desde que le había confesado que amaba a Alberto, y la compasión y amabilidad con que le trataba era para él una verdadera tortura.

Sin fe ni esperanza en nada ni en sí mismo, tomó la decisión de marcharse sin decir nada a nadie; pero los ojos avispados de Carmela pudieron observar extraños movimientos. Le encontró

arreglando una pequeña maleta en la que intentaba colocar las pocas cosas que le pertenecían.

Carmela le estuvo mirando un buen rato, y como él no le hiciera caso, se decidió a interrogarlo:

—¿Qué estás haciendo, Marco? ¿Quieres que te ayude?

—Gracias, Carmela, no es necesario —contestó el joven con el tono distraído habitual en él cuando no hablaba con María.

—¿Dónde piensas ir?—insistió la niña.

—¡Qué sé yo! ¡A cualquier parte!

Marco miró a la muchachita y sonrió.

—Es curioso —dijo—, siento una extraña impresión al ver que alguien se preocupa por mí... siempre he estado tan solo.

Le halagó a Carmela que Marco le dedicara un discurso tan largo y decidió prolongar la confidencia.

—¿Acaso te gusta?—le preguntó.

Marco ya había olvidado lo que acababa de decir y contestó distraído:

—Sí me gusta, ¿qué?

—Esa impresión extraña de que has hablado...

—¿Eh? ¡Ah! Sí, claro. En el caso de que yo llegara a perder la vida, tú sí que te acordarías de mí.

—Me voy contigo, Marco.

—¿Adónde?

—¡Adonde tú vayas!

—¿Estás loca, chiquilla!

—Marco, no nos dejes, no abandones el Monasterio, te lo suplico.

—Debo hacerlo, la vida se ha hecho imposible para mí dentro de estas paredes, debo marchar.

—No, Marco, no te vayas.

—Me voy y no te empeñes en seguirme, ¿entiendes? Eres una niña.

—¿Yo?—interrogó Carmela, endureciendo la mirada.

—No puedo llevarte conmigo... yo soy... ¡Ah! Igual da. La vida es para vivirla, no para morir, Dios la hizo así. Yo he visto morir a mucha gente en los campos de batalla, quizá demasiada...

es un crimen esta maldita guerra. Tal vez pronto el mundo sea diferente, pueda que hasta llegue a ser hermoso. Adiós, Carmela.

Se despidió de la jovencita, sacudiéndola por los hombros, y salió escapado por una de las puertas laterales que daban al monte.

Toda esperanza de salvación, toda ilusión de felicidad se alejaban para siempre con él, y la niña, hecha mujer en el dolor y en el aislamiento, sintió la desesperación de no poder resistir aquella soledad.

Una ametralladora, emplazada estratégicamente, escupió un chorro de muerte. Marco se lanzó a tierra y arrastrándose pudo llegar a lugar seguro. Luego, con el hatillo al hombro, comenzó a andar de nuevo camino de lucha y desventura.

Carmela salió tras él por la misma puerta. Asomóse al muro del Monasterio y le vio alejarse por entre el bosque. Corriendo fue en su busca, ciega de amor y desesperación, pronunciando su nombre: Marco, Marco.

Ella oyó el fugitivo y comprendió el gran peligro que la amenazaba. Volvió sobre sus pasos para advertirla. Vano intento. La infernal ametralladora había escogido la más pura e inocente de sus víctimas y la metralla penetró en el débil cuerpo de la adolescente.

Marco la tomó en sus brazos.

—¡Canalias! — masculló sordamente— ¡Carmelita! ¡Carmelita!

La chiquilla entreabrió los ojos, que iban perdiendo su brillo. Se abrazó a él convulsivamente, teniendo en el dolor la dicha de morir en los brazos del hombre amado, sólo pudo decir:

—¡Marco! ¡Marco! ¿Has visto acaso, Marco, has visto morir a mucha gente?

Y aquel hombre quedó por un momento abrazado al cadáver. Era el símbolo de una generación destrozada por la guerra.

MONTECASSINO AMENAZADO

Los aviones americanos lanzaron octavillas sobre el Monasterio que fueron recogidas por los refugiados y leídas con avidez. Interesaba saber qué era lo que tenían que decirles.

Alberto recogió una en el patio y la leyó. Decía así:

«Amigos italianos: Hasta ahora hemos procurado evitar el bombardeo de Montecassino, pero los alemanes han hecho de él un punto de apoyo, y ahora que la batalla se ha acercado aún más al sagrado recinto, muy a pesar nuestro, nos veremos obligados a dirigir nuestras armas contra el propio Monasterio.

«Abandonad hoy mismo la Abadía. Este aviso es urgente y lo hacemos por vuestro bien. — El V Ejército.»

La lectura de la octavilla la había hecho Alberto en voz alta para que se enteraran todos los que le rodeaban y en cuanto terminó de leer se oyeron voces de soldados alemanes gritando:

—¡Atención! ¡Atención! Cuatro italianos del Monasterio. Halt! Stehen bleiben.

—¡Parlamentario! «Zu sprechen»—contestó Alberto gritando para que pudieran oírle desde las líneas alemanas.

—¡Malditos seas!—dijo el artilero por lo bajo, y agregó en voz alta—: No disparad, habla Comandatur importante...

—«Nicht» pasar, «Kaput»—contestaron en alemán.

—Comandatur... necesitar hablar—dijo otro de los refugiados.

—¿Pero es que vais a dejarnos morir aquí dentro a todos?—gritó una mujer.

—Pronto, tenemos urgente necesidad de comunicar con el mando, leed las octavillas—dijo otro hombre.

—¡Bárbaros! Pero, ¿es que no oís?

El soldado alemán que hablaba desde las trincheras contestó:

—Oficial informado, no poder venir antes de las cinco madrugada de mañana. Mañana debe salir sólo sacerdote que habla alemán.

Los refugiados no escuchaban muy satisfechos esa comunicación que les obligaban a permanecer allí encerrados, expuestos a los más terribles bombardeos, como ya habían experimentado. El mismo delirio que tuvieron para penetrar en el Monasterio por creerlo lugar seguro, lo tenían ahora para abandonarlo, pues ya se había visto que la aviación americana no respetaba aquel santo lugar.

—No podemos aguardar hasta mañana—gritó un hombre—; el peligro de bombardeo es grande, llame al oficial.

—No es posible—contestó el soldado alemán—, esperar mañana, mañana... y no salir, sino dispararemos.

Era inútil insistir. Las órdenes eran rígidas, y los que estaban encargados de hacerlas cumplir eran inflexibles.

Las caras que se veían en el patio del Monasterio eran de gentes desesperadas que se consideraban condenadas a morir allí.

Cuando amaneció, Dom Martino, el monje que hablaba alemán, se disponía a salir para parlamentar, pero en aquel instante se presentó un oficial alemán solicitando audiencia del padre Abad.

Dom Martino acompañó al oficial y a su ayudante a la presencia del Abad. Estaba muy abatido el buen religioso, pero conservaba su augusta dignidad. Correspondió al saludo del oficial y se dispuso a escucharle. En la habitación, además del Abad, habían dos monjes y Dom Martino, que iba a ejercer de intérprete.

El oficial alemán pronunció una larga parrafada que el sacerdote tradujo con las siguientes palabras:

—Dijo que las octavillas que lanzaron ayer los aviones norteamericanos son sólo un medio para atemorizar y hacer propaganda y que si los refugiados salieran, es probable que resultarían diezmados a lo largo de la ruta... como ha ocurrido con los que huyeron durante la noche.

El Abad escuchaba a Dom Martino y observaba al oficial. Este habló nuevamente.

—«Im diesem Falle wurden die Deutschen die Verantwortung den Monchen ubelasse».

—Dice que en ese caso, los alemanes cederian la responsabilidad a los monjes...

—¿En el caso de que dejáramos salir a los refugiados?—interrogó el Abad—. Contéstele que los refugiados fueron acogidos por humanidad y que, a pesar de haber hecho todo lo posible para salvarles... no podemos considerarnos responsables de sus actos.

Dom Martino dió a conocer al oficial las palabras del Abad.

Como si llevara la lección aprendida de memoria, contestó el alemán sin titubear, y Dom Martino tradujo:

—Dice que están dispuestos a dejarnos pasar por el sendero que baja por detrás de la montaña hasta la vía Casilina, a partir de la medianoche de hoy, hasta las cinco de la mañana.

—¡Hasta la medianoche!—exclamó el Abad—. Faltan muchas horas para la medianoche y puede que fuese demasiado tarde; convendría más aprovechar ahora estos momentos de calma, dígaselo así, Dom Martino.

El oficial lo había entendido.

—Ser imposible antes de medianoche, el Mando alemán no aceptaría responsabilidad.

Dom Querisio intervino en la conversación:

—Los alemanes afirman que este grave peligro anunciado por el ejército angloamericano no existe. Suponen que se trata tan sólo de una maniobra de intimidación.

Dom Nicolás, el otro monje que se hallaba presente, también habló:

—Dicen que desde medianoche hasta las cinco se podría salir...

—Son muchísimas horas las que tenemos que esperar y creo que el peligro es grande—dijo el Abad, dirigiéndose a sus monjes, y encogiéndose de hombros dió a entender al oficial alemán que se resignaba a las órdenes que acababa de darle.

Saludaron los soldados a la comunidad y Dom Martino les acompañó hasta la puerta de salida del Monasterio:

—Dom Nicolás—dijo el Abad—, vaya usted a comunicar este

parte de guerra a los refugiados, deben saber el motivo por el cual no se les deja salir.

Se retiró Dom Nicolás y bajó a los sótanos, donde se hallaban reunidos todos los que habían buscado asilo entre los milenarios muros de la Abadía.

—Ha estado aquí un oficial alemán, quien ha informado al padre Abad de que a partir de la medianoche de hoy, hasta las cinco de la mañana, se podrá salir del Monasterio...

Un murmullo de desencanto resonó por la bóveda del sótano.

—Tenemos, pues... dieciocho horas por delante; durante las cuales cada uno podrá comportarse como mejor crea.

Algunas mujeres lloraban y le era muy difícil continuar a Dom Nicolás, quien, debido al trabajo constante de los últimos días, sin poder descansar lo más mínimo, ofrecía un aspecto desconsolador en su esfuerzo de querer consolar a sus abatidos hermanos.

—Estamos en una situación tal...—continuó hablando—, que resulta imposible dar ningún consejo...

—¡Hay que esperar dieciocho horas!— se oyó murmurar a alguno.

La mayoría de los refugiados acogieron las palabras de Dom Nicolás en silencio. Era tanto el pánico que sentían aquellas pobres gentes que no les quedaban ya ánimos para discutir.

Junto a María se hallaba Alberto en los sótanos. No tenían muchas ganas de hablar, y si de vez en cuando rompían el silencio era para comentar las cuestiones del momento: la guerra, los bombardeos, no cabía nada más en la imaginación de uno y todos los que se hallaban allí. Podía decirse que vivían conteniendo la respiración y aguzando el oído para descubrir el zumbido de los motores de aviación. La tensión de nervios era insostenible.

—No han vuelto a disparar los tanques, esta noche— dijo Alberto.

—No, y la campana tampoco se ha oído... ¿Crees tú que va a pasar lo que decían las octavillas?—preguntaba María, ansiosa.

—Es posible que lo hicieran para atemorizar.

—Si es así, lo han conseguido. Observa los semblantes de todos. ¡Qué horror!

Se oyó una explosión.

—¡Ya tiran!—exclamó una mujer.

—Han empezado tarde esta mañana—dijo otra.

—Son granadas—dijo un hombre, dándoselas de entendido.

—Ayer cayeron aquí muchas—comentó una mujer.

—¡Centenares!—explicó un hombre.

—¡Es para volverse loca! — exclamó una pobre mujer—.

¿Quién resistirá hasta medianoche este infierno?

—Como es natural, bombardean de día—dijo un hombre.

—¡Claro! Para algo lo advirtieron ellos—dijo una mujer.

Alberto y María cambiaban miradas de pánico.

—¿Qué ocurrirá, Alberto?

—Nadie lo sabe—contestó el abogado, acariciando la manecita de María—. Hace unos días supe por un alemán que un prisionero americano declaró que los soldados que guarnecen el valle reclaman el bombardeo... Mueren muchos de ellos en este frente... y estos otros disparando sin cesar desde aquí, sin que podamos hacer nada... si al menos estuviésemos al otro lado.

—Sería igual, Alberto, estamos rodeados de enemigos que quieren ser nuestros amigos, pero mientras tanto nos matan.

—¡María, no temas, mientras yo esté a tu lado!

Una de las mujeres sacó un Rosario e invitó a los demás a que la siguieran:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Todos los refugiados contestaron:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...

El Rosario se estaba rezando con todo fervor por parte de los allí acogidos, y entre el murmullo de las preces, a todos les pareció que se oía el rumor de motores.

BOMBARDEO

Ya no era posible dudar; el ruido producido por un centenar de motores era atronador. Cesaron los rezos y volvieron a empezar. En el ambiente había el temor de funestos acontecimientos. Los hombres mirábase unos a otros, sintiendo en sus venas el fuego de la indignación y la impotencia.

Muchos presentían que jamás volverían a ver la luz del sol; pero la esperanza, esa divina mensajera, infundíales valor y coraje. Rezaban y rezaban con recogimiento.

... sus voces hacia lo alto, implorando al Señor.

El ruido de los motores oíase cada vez más cerca, más horrible, más horrible. Todos lo oían y nadie pronunciaba una palabra. Esperaban, esperaban la terrible explosión que no podía tardar... y cuando se oyó fué horrible, la más fuerte que se había escuchado en el Monasterio.

Era todo el horror de una muerte estrépitoso con balas que silbaban al caer, derribando muros y ventanales, techos que se hundían para sepultar bajo los escombros a los infelices que habían acudido al Monasterio, creyendo que aquello era un lugar seguro, que ningún ejército se atrevería a atacar... y aquí estaba la cruel realidad, bombas y más bombas como si intentaran no dejar piedra sobre piedra.

El alufido de un lobo fuera menos espeluznante que el de aquellas cargas de dolor y destrucción que lanzaban los poderosos aviones americanos.

El terror se apoderó del ánimo de todos los refugiados.

... Los muros... bajo su amparo...

Algunos, al intentar huir por los corredores, fueron aplastados por las piedras que se desgajaban, cual si en vez de fuertes

y sólidas, pertenecieran a un macabro e inconsistente decorado teatral.

El bombardeo duró instantes, que supieron a eternidad para todos.

... Cuando terminó el bombardeo...

Cuando el Abad y los monjes que no habían sufrido las consecuencias de aquel infernal ataque salieron al exterior para ver con sus propios ojos los daños que había causado la aviación americana, se encontraron cara a cara con el montón de ruinas en que la guerra había sumido al Monasterio. Sus rostros, reflejando consternación y piedad, miraban aquel terrible cuadro.

—¡Mire!—exclamó Dom Martino— El oratorio está en pie.

Se trataba de uno de esos milagros que se han visto ya varias veces desde que se hace la guerra desde el aire. En este caso, era verdaderamente milagroso que no hubiese sido destruido el oratorio, pues todo cuanto había en torno de él había quedado convertido en un ingente montón de humeantes ruinas.

Todos los monjes miraron hacia el oratorio con ojos anhelantes.

—¡El Santísimo!—exclamó el padre Abad.

—Iré yo—dijo Dom Agostino, separándose del grupo que formaban los monjes junto al Abad, para dirigirse por encima de las ruinas hasta el oratorio y rescatar el Santísimo.

—Deprisa, deprisa—insistió Dom Oderisio—, habrá muchos heridos y hay que asistir sus cuerpos y sus almas.

Alberto salió tras de los monjes hacia el oratorio.

—Alberto—dijo María, que también había salido de entre las ruinas.

—¿Hay heridos allí dentro?—preguntó él.

La joven asintió con la cabeza.

—Dom Agostino volverá con el Santísimo—dijo el padre Abad—, y será necesario preparar un Sagrario.

Quería el venerable Abad dar pruebas de fortaleza e indudablemente lo hacía, aunque el trastorno que le causaba aquella situación era casi superior a sus fuerzas.

—¡Vienen otra vez!—gritó una mujer.

Se oyeron una vez más los motores.

—¡Pronto! ¡Pronto! Vuelven—gritó el viejo artillero.

—Romano, entre usted en la gruta—gritó una mujer a un hombre que permanecía mirando al cielo como si no advirtiera el peligro.

El pequeño Paolo gritaba horrorizado:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Quiero ir con mamá! ¡Quiero ir con mamá!

La madre de Gianfranco había cogido al pequeño y no lo soltaba. Los ojos extraviados de la pobre loca asustaban al niño tanto como los bombardeos.

—¡Paolo! ¡Paolo!—gritaba a su vez la madre sin encontrar al chiquillo—. ¿Dónde estás?

Intentó la madre salir de donde se habían ocultado para salvarse de la aviación y cruzar el patio.

—¿Adónde va?—le gritó un hombre.

—A buscar a mi hijo...

—Tenemos los aviones encima.

—No me importa, voy a buscar a mi hijo.

La madre de Gianfranco soltó al pequeño Paolo, y cuando la madre de éste, guiada por sus gritos llegó hasta él, apenas si reparó en la pobre loca que había intentado saciar su sed de cariño teniendo un instante en sus brazos a Paolo.

Don Agostino llegó hasta el Sagrario del Oratorio. Con inefable respeto extrajo el cáliz en los momentos en que el bombardeo era más intenso que nunca. El monje sentía una calma y fuerza extraordinaria. No tenía con que cubrir el Cáliz que contenía el cuerpo del Señor y recurrió al escapulario de su hábito. Solo, con el Santísimo entre sus manos, deshizo el camino andado y se dirigió a los sótanos donde todavía existía algún rincón seguro.

Las víctimas habían sido numerosas dentro y fuera del Monasterio. Un monje fué a bendecir los cadáveres destrozados entre los escombros.

Don Agostino llegó adonde se hallaban todavía algunos refugiados que habían tenido el acierto de no moverse de los sótanos.

—El Santísimo está con nosotros—dijo el monje, descubriendo

el Cáliz. Todos se arrodillaron postrados ante el Señor. Era un rayo de esperanza que llegaba en la hora terrible.

—Hermanos, traigo aquí el cuerpo del Señor, que no podía ser abandonado... Recibámoslo con amor en nuestro corazón, para que nos fortalezca en el peligro... y nos sirva de viático...

Se oyó sollozar a las mujeres.

El monje estaba de pie ante ellos con el Cáliz en las manos.

—No es preciso que estéis en ayunas—prosiguió Dom Agostino— Podéis comulgar ahora mismo, Imploremos el perdón de nuestros pecados... «Ego absolvo ab omnibus peccatis vestris, in nomina Patris et Filii et Spiritu Sancti».

—¡Amén!—contestaron todos.

Dom Agostino dió la Comuni6n a todos los que le rodeaban y cuando ya solamente quedaba una Sagrada Forma en el cáliz comulgó él y en aquel instante las bombas derrumbaron los muros del oratorio.



Cuando al fin pareció que los aviones se habían alejado definitivamente y la Abadía era ya un mont6n de ruinas, todos los que habían quedado con vida salieron para ver los estragos de aquella cruel e injusta batalla. Los refugiados que se habían salvado iban buscando a sus compañeros y familiares que no aparecían.

Una niña iba llamando a su madre sin obtener ninguna respuesta.

—María, María—gritaba Alberto, pues la había visto después del primer bombardeo, pero no aparecía una vez terminado el segundo.

La joven se hallaba auxiliando a unos heridos.

—Alberto, estoy aquí—contestó ella al oír su voz.

Una sensaci6n de alivio aligeró el pecho del pobre enamorado.

El patio del Monasterio era una viva estampa de confusi6n y desolaci6n. El padre Abad, jadeante, del brazo de uno de sus

monjes, contemplaba la ruina de su hermosa Abadía. Aquella mole situada sobre el monte no era más que unas paredes sin techo y una montaña de escombros que sepultaba en su seno a contenedores de cadáveres... de gentes que se habían cobijado entre los muros del Monasterio porque allí se consideraban al abrigo de las balas. Todo había sido inútil, la guerra había penetrado en los claustros, en la capilla, en el patio para sembrar la muerte en todos los rincones de la santa casa. No lloraban los ojos del padre Abad, pero le sangraba el corazón.

—¿Se puede salir?—preguntó un hombre.

—Sí, sí, ya se puede salir; se han visto marchar todos los aparatos.

—Entonces, ¿estamos salvados?—preguntó una mujer.

—Los que nos hemos salvado por esta vez, sí; ahora no quiere decir que no vuelvan para rematar a los que hemos quedado.

—Dicen que esta noche permitirán cruzar las líneas—comentó un hombre.

—Sí, permitirán pasar a la retaguardia.

—Pues vámonos—dijo una mujer.

El padre Abad se acercó a los grupos e hizo un ademán indicando que los iba a hablar.

—¡Queridos hermanos! Todo aquel que quiera irse... para ponerse a salvo, puede hacerlo libremente... Yo me quedo aquí... para no abandonar a los heridos y a los enfermos.

Los refugiados se miraron.

—Entonces, bendicidnos, padre—dijo una mujer.

El padre Abad les bendijo.

* * *

Los refugiados iniciaron el desfile, pues ya estaban convencidos de que el Monasterio era más bien peligroso que seguro, y mientras las pobres gentes se marchaban, llegó un oficial a la Abadía solicitando audiencia del Abad.

Un monje acompañó adonde se hallaba el venerable varón, rodeado de sus fieles monjes.

—Yo soldado alemán... experimentar profunda indignación... no comprender.

—¿No lo comprende?—dijo el Abad— Han sido muchísimos los muertos y se pudieron evitar. Ya serán pocos los que podrán pasar las líneas desde medianoche hasta las cinco de la mañana... y no porque en esas cinco horas resulte el tiempo escaso. Será más que suficiente... pues solamente un centenar de refugiados quedó indemne.

—Yo no comprender— insistió el oficial— Feld Marschall Kesserling solicitar, por orden nuestro Führer, tregua angloamericana.

El Abad escuchaba indiferente las excusas del oficial.

—Diga... la posibilidad de hacer la evacuación esta noche, ¿existe todavía?

—Ahora todo en manos angloamericanas. Precisa aguardar respuesta.

El oficial sacó un papel de uno de sus bolsillos y una pluma estilográfica. Más ceremonioso que anteriormente, se inclinó y preguntó al Abad:

—Para hacer justicia, ¿poder declarar no estar ningún soldado alemán dentro Monasterio durante terrible bombardeo?

El Abad le miró sorprendido. El oficial insistió:

—Yo preguntar, ¿estar soldados alemanes en Monasterio durante tremendo bombardeo?

Por fin comprendió el Abad lo que deseaba aquel hombre.

—No, dentro del Monasterio no había ningún soldado alemán.

—¿Estar dispuesto a escribirlo?

Titubeó un instante el Abad, y como el oficial permaneciera con el papel y pluma en la mano, invitándole a escribir, los cogió e hizo por escrito la declaración que acababa de hacer de palabra.

—«Danke»... Apenas angloamericanos dar tregua, nosotros enviar autocares para todos los monjes, enfermos y heridos... «Danke», Feld Marschall Kesserling esperar, usted esperar, yo regresar. Aufwiderschen.

Perdida por completo la guerra en Italia, todavía conservaban los alemanes la misma rigidez y disciplina de los primeros tiempos victoriosos de cuando se había iniciado la contienda. Bien

uniformados, atentos y respetuosos, saludaron los dos oficiales a los monjes y se retiraron del Monasterio, dando palabra de volver para ayudar a evacuar a todos los que todavía quedaban allí.

Eran los momentos más difíciles y peligrosos. El bombardeo podía repetirse en cualquier momento y aquellos pobres que habían quedado en vida, aunque lo habían perdido todo, se exponían a ser sorprendidos nuevamente por los aviones cuando se decidieran a abandonar un refugio que para ellos había sido acogedor.

Todos se agrupaban y procuraban hablar con los monjes para seguir los consejos que pudieran éstos darles. Los buenos monjes en aquellos momentos se hallaban tan desorientados como los demás. Era tan sólo su aspecto exterior, calma y dominio de sus nervios, lo que inspiraba confianza a las desesperadas gentes que todavía se encontraban en el Monasterio.

Estatuas decapitadas, capiteles partidos, arcos que ya no sustentaban nada, eran los restos de la sobria y majestuosa arquitectura de aquella grandiosa Abadía, cuyas ventanas, por serlo de habitaciones que ya no tenían techos, semejaban los ojos azorados de un loco contemplando aquel trágico espectáculo de dolor y muerte. Por entre los escombros iban surgiendo los refugiados supervivientes, asombrados también de haber salido con vida de aquel atroz ataque.

Alberto y María eran de los que se encontraban entre los que contemplaban las ruinas. Pero no se podía perder tiempo en mudas contemplaciones. Era necesario atender a los heridos, socorrer a los niños o ayudar a la pobre ancianita que ya no tenía fuerzas ni para descender la cuesta.

Una palabra cariñosa aquí, una mano para ayudar a liar un bulto, pues el hombre siente hasta el último momento afecto por sus bienes terrenales. Muchos pensaban que no escaparían en vida. Estaban completamente desmoralizados, y como que el bombardeo se había repetido dos veces, a ninguno le hubiese extrañado ver asomar los aviones por tercera vez.

En el «*lasciate ogni speranza*» que viera Dante escrito en la puerta de su «*Infierno*» lo que habían dejado entre aquellas ruinas todos los que se encontraban todavía en el Monasterio.

Todos no, porque allí estaban el Abad y los monjes multiplicándose para atender a sus pobres hermanos en la desgracia. A menudo levantaban los ojos al cielo para suplicar que cuando menos les fuese permitido marcharse antes no se repitiera el bombardeo.

—María—dijo Alberto—, ¿qué piensas hacer?

—Seguiremos las instrucciones del padre Abad.

—Ha dejado a todos en libertad. Estamos en tierra de nadie y hay que pensar en salvarse.

—Creo, Alberto, que todavía podemos ser útiles aquí a muchos que necesitan ayuda.

—¿Son tantos?—exclamó Alberto, que estaba realmente rendido.

—No es que intente ayudar a todos, pero allí hay una pobre viejecita que no puede moverse. Hay que hacer algo. Tú, Alberto, ocúpate de aquella niña. Si se puede reunir los miembros de las familias que han quedado con vida, siempre será menos penoso. Andan todos tan desorientados.

—Tienes razón, María; debemos hacer algo los que hemos tonido la suerte de salir indemnes. Todavía me parece un milagro que tú y yo podamos estar aquí hablando tan apaciblemente.

—Sí... pero no debemos perder el tiempo.

María se dirigió al claustro donde había una anciana que no parecía darse perfecta cuenta de lo que ocurría, sólo se observaba en ella el afán de levantarse para marchar, pero no le restaban fuerzas. Con cariñosa solicitud la ayudó María a ponerse en pie y la fué acompañando un buen rato hasta que con el movimiento pareció que recobraba energía.

—¿Tiene alguno de los suyos por aquí?—preguntó la joven.

Encomendó María la viejecita a un hombre joven que iba solo y ella se dedicó a otros que estaban más necesitados de cuidado.

Alberto recorría el destaralado claustro con una niña en la esperanza de que alguien se la reclamara. Nadie le hizo el menor caso y la pobre pequeña se había dormido en sus brazos.

Desde la marcha del oficial alemán el padre Abad había estado deliberando sobre qué partido era mejor tomar. Las últimas palabras de aquel hombre habían sido que esperaran los morados.

res del Monasterio y que él volvería con una contestación y autorizar para ayudar la evacuación de los monjes y de los refugiados; pero los alemanes ya no estaban en situación de poder garantizar nada y podía sobrevenir un ataque en cualquier momento. Bastante tiempo se había perdido obedeciéndoles en la jornada anterior. Ahora convenía obrar con más rapidez.

El Abad pidió al Señor que le iluminase en su trágica empresa.

Sobre el montículo de Cassino donde la mole del Monasterio había dibujado en el cielo el recorte de su gloriosa e histórica ruina, todo había quedado falto de vida. Los árboles no eran más que troncos cuyas ramas más altas parecían implorar misericordia. Ni un solo pájaro, de los que por las montañas saludaban la salida del sol con sus trinos, volaba por allí; todo lo había ahuyentado la guerra. Los pájaros de alas metálicas los habían substituido.

Humo y polvo invadía el aire y las víctimas del bombardeo aparecían envueltas en aquel sudario.

Los que habían escapado con vida parecían otros tantos espectros, buscando, buscando, sin saber exactamente qué; porque todavía no se daban cuenta, y muchos de ellos no se la darían jamás, de cuanto había quedado sepultado bajo las históricas piedras.

Llanto y desolación, muerte y espanto. Todo lo más terrible que podía acontecer había ya sucedido, y por encima de todo el mal sufrido perduraba el pánico de que se repitiera el ataque. Este pensamiento obsesionaba a todos, desde el Padre Abad al último refugiado.

Casos de locura como el de la madre de Gianfranco se adivinaban en la mirada fija y distraída de muchos que recorrían las ruinas sin rumbo fijo. Los niños iban azorados en busca de sus padres, muchos de los cuales no los encontrarían jamás.

—¡Madre, madre!—gritaba un chiquillo moreno de grandes ojos, interrogando con la mirada a cuantos le salían al paso.

—Ven, hijo mío—dijo Don Oderisio, queriendo consolar al pequeño.

—No, no, yo quiero a mi madre—gritó furioso el pequeño, rechazando los acogedores brazos del buen mozo y huyendo

despavorido hacia un grupo de mujeres entre las cuales creía poder descubrir a quien buscaba.

Estas escenas eran constantes y la sensación de angustia era insoponible. Se hacía necesario huir de allí para ver si alejándose del teatro de la tragedia se lograba aliviar un poco tan terrible sensación de espanto.

MONTECASSINO ES ABANDONADO

Era el día 17 de febrero de 1944.

El Abad se hallaba en lo que quedaba de su celda, acompañándolo de Dom Agostino.

—Hemos de tomar unas rápidas decisiones y deseo reunir a todos ustedes, convoque a los monjes.

Salió Dom Agostino en busca de sus hermanos de hábito. Al poco rato regresó con todos ellos menos Dom Martino, que se encontraba auxiliando a un moribundo, en los sótanos.

Los monjes esperaban de pie la palabra de su Padre Abad.

Después de unos breves instantes de silencio el anciano y dolorido monje pasó sus apenados ojos sobre sus hijos espirituales y les habló en los siguientes términos:

—¡Ah! Como pueden ustedes ver, aquí ya no se puede hacer nada más... creo que ahora es el momento más favorable para intentar la salida, debido a que han sido dos los bombardeos seguidos y probablemente, de intentarse otro, será más tarde. He pensado también, que resultaría peligroso aguardar aquí dentro la contestación oficial. Conviene que den aviso a todos los refugiados que han quedado con vida y que todavía se encuentran entre estas ruinas, que deben prepararse para la partida... Es indispensable que ayuden a todos los enfermos y a los heridos que no puedan moverse, procurando no abandonar a ninguno...

El Padre Abad exhaló un profundo suspiro.

—... y para aquellos que ya no existen... que Dios Nuestro Señor conceda a sus almas el eterno descanso.

Dom Martino no había podido escuchar las recomendaciones del Padre Abad, ocupado con un pobre hombre a quien restaban pocos minutos de vida. María se hallaba también junto al herido. Lo mismo el monje que la joven rezaban en voz baja. Dom Martino levantó la mirada hacia María para hacerle una pregunta.

—¿Es posible que no le quedé ningún familiar a este pobre infeliz?

—No, Dom Martino, todos han quedado sepultados en las ruinas.

El herido debió de oírlos. Se quejó pero no pudo pronunciar ninguna palabra.

—¿Quiero algo, buen hombre?—preguntó el monje.

Había sido su última queja. Dom Martino miró de cerca los ojos vidriosos del herido y asintió con la cabeza al mudo interrogatorio de la joven.

—¡Que Dios haya acogido su alma!



Uno de los monjes fué suficiente para hacer circular entre los refugiados la orden del Padre Abad, y les dijo que se reunieran en lo que había sido patio del Monasterio, lleno de pedruscos y escombros en aquellos momentos, para escuchar al Abad que deseaba bendecirles antes de abandonar para siempre la Abadía.

Con semblantes mucho más aterrizados que el día en que habían abierto las puertas del Monasterio para darles entrada y muchos menos en número, al pie de la, un día, majestuosa escalinata, se reunieron los pocos supervivientes del bombardeo.

El Padre Abad apareció rodeado de sus monjes.

Habló con voz apenada, pero firme.

—¡Hijos míos! Nuestros sufrimientos no han terminado aún, todavía debemos afrontar la última prueba... Imploramos todos a Dios Nuestro Señor que nos ayude... y pidámosle a la vez que nos perdone nuestros pecados...

Los refugiados escuchaban las palabras del Abad con unción.

—Os daré a todos la absolución con indulgencia «in articulo mortis»... ¡Señor, que sea cumplida Vuestra santa voluntad!

Aquel grupo de gentes apenadas se arrodilló. Volvió a oírse la voz del Padre Abad:

—Absolvo vos ab omnibus peccatis vestris... In nomine Patris et Filii et Spiritu Sancto...

—¡Amen!—respondió el pueblo.

—Ahora pediremos a la Virgen Santísima que nos guíe en nuestra expedición para hallar el refugio seguro que todos deseamos. ¡Dios te salva María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!

El pueblo respondió con voces entrecortadas por sollozos:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amen...

Continuó el rezo de las Avemarías y todos los refugiados, ayudando los fuertes a los heridos y ancianos, con el Padre Abad y los monjes al frente, llevando aquél una cruz, salieron finalmente del Monasterio avanzando por los humeantes caminos sembrados de horror y de muerte.

Los soldados alemanes todavía montaban guardia por el monte con sus ametralladoras. Uno de ellos vió cómo se acercaba la triste procesión que debía pasar por delante de su trinchera. Alzó los ojos que se fijaron en la cruz y miró a su ametralladora. Antes de que llegaran ante él los que huían, cubrió la ametralladora con una lona, rindiendo armas al símbolo de la Cruz.

Así concluyó la tragedia de los santos monjes y de aquellos que buscaron refugio en el Monasterio.

* * *

Han transcurrido muy pocos años y sobre la tumba de Dom Eusebio han florecido las primulas. Los monjes han regresado para reconstruir su querida ruina. Sopla un viento suave que agita la hierba y parece que se oyen voces, voces que ya no son de este mundo.

Es la voz de Dom Eusebio.

—Ya terminó el sufrimiento de los monjes y de los que en su casa buscaron asilo, capitán Richter.

—Sí, y todo porque los hombre quisieron la guerra.

—Algunos hombres, algunos hombres, capitán Richter, por sed de conquista y por ignorar que no se va a la conquista esperando la muerte...

No contestó la voz del capitán. ¿Posiblemente meditaba las palabras del monje?

—Cada ser humano—se oyó de nuevo la voz de Dom Eusebio— lleva las ciudades..., las fortalezas, los puertos y las aldeas en el fondo de su propio corazón y ninguna arma, ninguna fuerza, podrá jamás ponerlas cerco, destruirlas o dominarlas. Bastan, en cambio, pocas palabras para adueñarse de ellas: Amor, bondad y fe.

FIN

No deje usted de coleccionar los

CANCIONEROS de JORGE NEGRETE

Cancones mexicanas	1'— peseta
JORGE NEGRETE «Selecciones»	1'— »
Creaciones de JORGE NEGRETE	1'50 »
JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA	1'50 »
JORGE NEGRETE sus nuevos éxitos	1'50 »
JORGE NEGRETE, IRMA VILA Y TITO GUIZAR	1'50 »

LA CLASICA NOVELA CINEMATOGRAFICA (150.000 letras de texto)

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡No quiero!... ¡No quiero...	José Baviera
Un día más de mujer fatal	R. de Serrinemat
Éran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
La última falla	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rapto a usted	Celia Gómez
Tierra y cielo	Maruchi Frausa
Jai-jai	Inés del Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
La reina mora	Pedro Terol
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lys Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	
Marius	Raimu
Manchuria	Richard Dix
Indiscreta	Gloria Swanson
Una de nosotras	Bridget Helm
El collar de la reina	Diana Karenne
Moral y amor	Camilla Horn
Casino del mar	Carv Grant
El caballero del Folies	M. Chevalier
Pasaporte a la fama	E. G. Robinson
Maria Elena (Flor de Tuzco)	Carmen Guerrero
El sobre lacrado	Wynne Gibson
El ballester pirata	Charles Collins
Sigamos la flota	Antoine - Rogers
Mama se casa	Lil Dagover
Melodía Broadway 1938	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
La visita de A. Lupin	Warren William
Héctor Ficaramosa	Cino Cervi
El mundo a sus pies	Lil Pons
Seguítala en vida	A. Nazzari
Damas del teatro	K. Hepburn
El detective y su compañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Joan Fontaine
Una aventura de la Pompadour	Kate de Nagy
El poder invisible	Ernie Kariott
Melodía roja	Willy Engel
Casado sin memoria	Ann Sothern
Maria Anna	Paula Wessely
¿Cómo Vani?	Clive Brook
La guimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jannings
El malvado Carabal	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	I. Argentina
Melodía de arabal	Argentino - Gardel
La Millona	R. de Serrinemat
El sobre lacrado	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yagris
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramon Parada
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Misterio en la masiama	Tony D'Alcy
Rosas de otoño	M. F. Ladrón G.
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del garo	Isolita Melmán
Un enredo de familia	Mercedes Vacino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luchy Solís
Mi enemigo y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olvido Guzmán
Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
Una herencia en París	F. Benjar
Empezó en boda	Sora Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Sabú «Tommy de los Elocantes»	
Tú cambiarías de vida	Michael Redgrave
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Mortal sugestión	Ann Harding
Acusada	Dobson del Rio
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Aiberea nocturna	Greta Gün
Los dos niños de París	Claude Raignon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Las vacaciones del juez Harvey	Mickey Rooney
La última Juansada	Carv Grant
Margarita Gautier	El Galbo - Taylor
Feria de hambres	Mickey Rooney
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El secueño lard	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expres	Michael Redgrave
Los dos pillatas	Jaques Tavel
Pygmalion	Leslie Howard

**EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.**

Guardado con lo que haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
Maria Estuardo	K. Hepburn
Lo profieren millonario	Cecil DeMille
Los peligros de la gloria	James Cagney
La huella rebelde	Ann Sothern
Búsqueda fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jerry Lugo
El hombre del Níger	Victor Francen
Estrafado en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Genevieve Gilbert
Andrés Baryev, tenorio	Nickel Boyard
El secreto del marqués	Armando Falcioni
Irene	Ann Ruggie
Una hora en blanco	Francis Tom
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	P. Bartholomew
El valle del sol	J. Craig L. Ball, A. Moreno
Quien conquista a la mujer	M. Hopkins
Casados sin casa	Mérou-P. Negri
La mujer de las dos caras	Greta Garbo
Luna llena	J. MacDonald
La hora radiante	Juan Crawford
El signo de la cruz	Fredrich March
Cuando ellas se ocupan	Jean Crawford
El rapto de Laura	Jean Fontaine
Una chica se divierte	Jean Arthur
El Club 401	Anne Shirley
Una mujer endiablada	Luna Vález
La vuelta del Rana. Basado en la novela de Edgar Wallace	Victor MacLaglen
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	Diana Durbán
La hermanita del mayordomo	William Holden
Juventud ambiciosa	Ch. Laughton
El sospechoso	Diana Barrimore
Matrimonio de inconveniencia	Jean Arthur
Una chicaafortunada	Diana Durbán
La dama del tren	Isa Miranda
Documento 2, 3	C. Colbert
Zaza	

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Jean Fontaine
El nuevo Zorro	John Carral
Rutas infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kir Carson	John Hall
La ruta del Este	John Ayr
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo es Michoacán!	Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiero un mecánico	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diago Banderas	Jorge Negrete
Perjuca	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biografía)	
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Doloresa	Arturo Godoy
Tarcán de las tinieblas	Buster Crabbe
La madama del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, amara y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Donna O'Keefe
¡Ay África, no te rajés!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgess Meredith
La venganza de Legarde	Jorge Negrete
Caminos de Sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Mady Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo

**SELECCION BIBLIOTECA FILMS
1'25 ptas.**

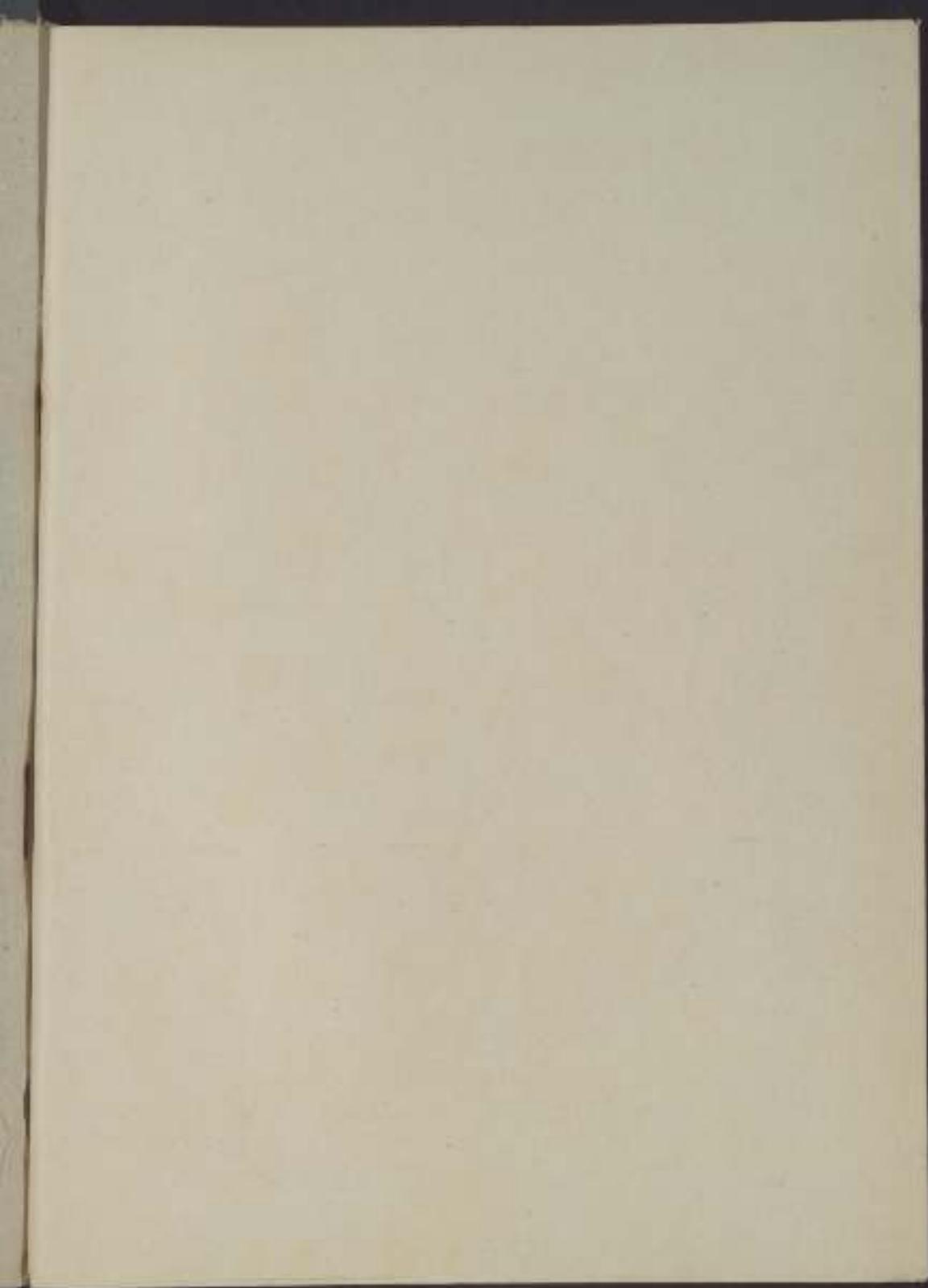
A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Tomás - Medina
Noche de orgullo	A. Nazari
Cantata del desen	Leslie Howard
Flor de sapino y peregrinos de Albasain	Gracia de Triana
Tú Demerit	Roberto Rey
Buenas noches	María L. Gerona
Droña	Roberto Rey

**BIOGRAFIAS DEL CINEMA
1'25 ptas.**

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Alfredo Mayo
Melvin Douglas	Manuel Luna
Antonio Vico	James Stewart
Charles Boyer (50 años, triunfos y anécdotas)	

**CELEBRIDADES DEL CINEMA
75 cént.**

Charles Boyer (Colección de 8 postales)



1924 - 1948

¡¡ Acontecimiento !!

Commemoración literaria del XXV aniversario
de **BIBLIOTECA FILMS**
con la publicación de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rafael RIVELLES

Sarita MONTIEL

Juan CALVO

del príncipe de las letras hispanas
Miguel de Cervantes Saavedra

Alarde artístico de la
cinematografía nacional

Precio: **4 Ptas.**

Producción **CIFESA**

3'50 Ptas.

200.000 tirada; 88 páginas de texto
y 16 fotografías ilustran este volumen